

WILL TRENT Y JACK REACHER
JUNTOS EN UN GRAN *THRILLER*

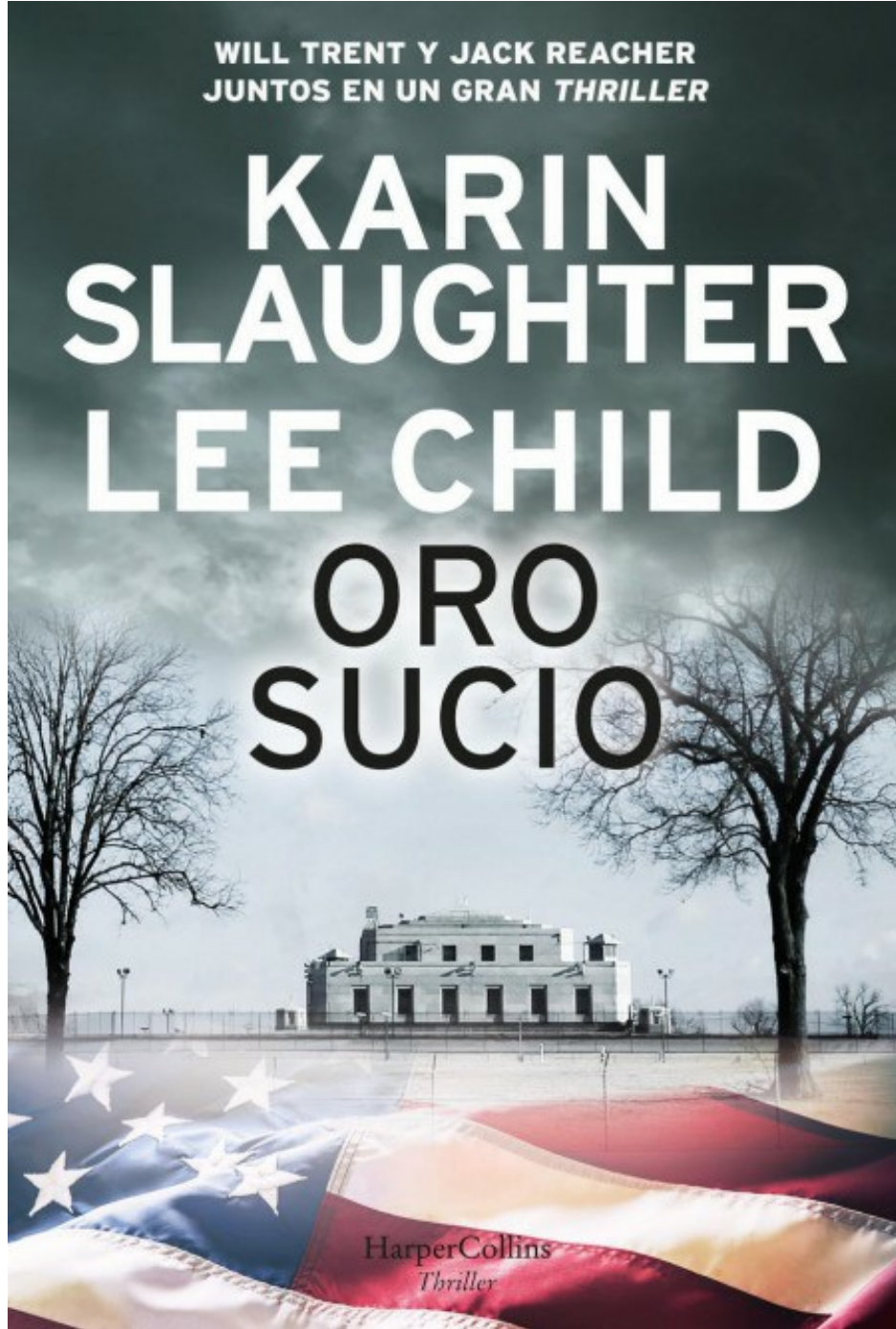
KARIN SLAUGHTER LEE CHILD

ORO SUCIO

HarperCollins
Thriller

WILL TRENT Y JACK REACHER
JUNTOS EN UN GRAN *THRILLER*

**KARIN
SLAUGHTER
LEE CHILD
ORO
SUCIO**



HarperCollins
Thriller

**KARIN
SLAUGHTER
LEE CHILD
ORO
SUCIO**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o

transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Oro sucio

Título original: *Cleaning The Gold*

© Karin Slaughter and Lee Child 2019

© 2019, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

© Traducción del inglés, Carmen Villarww

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Claire Ward © HarperCollinsPublishers Ltd 2019

Imágenes de cubierta: Getty Images y Shutterstock.com

ISBN: 978-84-9139-429-7

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

Sobre los autores

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Sobre los autores

Karin Slaughter es una de las novelistas más famosas y aclamadas a nivel mundial. Sus obras se han publicado en ciento veinte países y ha vendido más de treinta y cinco millones de copias en todo el mundo. Entre sus diecinueve novelas se incluyen los libros de Grant County y Will Trent, así como *Cop Town*, nominada al Edgar, y las novelas superventas, según el *Sunday Times*, tituladas *Flores cortadas*, *La buena hija* y *¿Sabes quién es?* Asimismo, Slaughter es la fundadora del proyecto Save the Libraries (literalmente, «salvemos las bibliotecas»), una organización sin ánimo de lucro creada para apoyar la labor de las bibliotecas y sus programas culturales. Natural de Georgia, Karin Slaughter vive en Atlanta, Estados Unidos. Sus obras *¿Sabes quién es?*, *La buena hija* y *Cop Town* están en proceso de adaptación para la televisión y la gran pantalla.

www.KarinSlaughter.com

Lee Child es uno de los escritores más destacados del género *thriller*. Nació en Coventry, Reino Unido, se crio en Birmingham y actualmente reside en Nueva York. Se calcula que cada nueve segundos una de sus novelas protagonizadas por Jack Reacher es vendida en alguna parte del mundo. Cada vez que publica un nuevo libro, alcanza el puesto número uno de las listas de ventas de todo el mundo, y actualmente lleva vendidas cerca de cien millones de copias en todo el globo. Hasta el momento, se han adaptado a la gran pantalla dos éxitos de taquilla protagonizados por Jack Reacher.

www.LeeChild.com

Queridos lectores:

¡Nos emociona poder compartir por fin con vosotros esta novela corta a la que le hemos dedicado varios años!

Somos amigos desde hace dos décadas, y fans mutuos del trabajo del otro. Con el paso de los años, nuestras conversaciones a menudo terminaban desembocando en la fantasía de qué pasaría si los personajes de nuestras sagas, Jack Reacher y Will Trent, se conocieran en la vida real.

¿Will detendría a Reacher por tomarse la justicia por su mano contra algún criminal? ¿Reacher le partiría la cara a Will o lo lanzaría al fondo de un pozo? El reto era dar con la manera de hacer que trabajaran juntos. Ambos protagonistas se guían por fuertes brújulas morales, pero cada uno toma un camino completamente distinto en su dirección al norte. Encontrar un caso que los ubicara en la misma órbita trajo consigo una conversación larguísima que finalmente tuvo como resultado una trama que a ambos nos emocionó plasmar en papel.

Ese resultado es *Oro sucio*. Cada uno se dispuso a escribir sus propios capítulos por separado, pero a medida que las historias se entrelazaban, todo terminó fundiéndose en uno, de manera que os resultará difícil detectar quién escribió qué. En definitiva, deseamos de todo corazón que disfrutéis la lectura. Independientemente de lo que ocurra, creemos que Jack y Will lo pasaron estupendamente aventurándose en lo que puede ser el comienzo de una hermosa amistad...

Os deseamos lo mejor,

Karin Slaughter y Lee Child

Sentado frente a la puerta cerrada de un despacho, Will Trent escuchaba unas voces que hablaban en susurros y discutían acerca de los dos delitos por conducción bajo los efectos del alcohol y la irregular vida laboral que iban adjuntos a su solicitud de empleo. La conversación no parecía que estuviera yendo a su favor. Y eso no era bueno. Will necesitaba ese trabajo, de lo contrario, su trabajo de verdad se iría al traste.

Se enjugó la frente con la manga. La temperatura exterior había superado el punto de ebullición, y en el interior la cosa no iba mejor. Hasta su propio sudor había empezado a sudar dentro de aquel panteón frío y húmedo de los años cincuenta que era el edificio gubernamental en el que se encontraba. El techo bajo se combaba cada vez más; los paneles de yeso se habían hinchado por culpa de la humedad. Observó cómo una perla de sudor goteaba de su nariz y se deslizaba por el suelo, a lo largo de una especie de canalón en el medio del linóleo, resultado del trote de décadas de botas militares recorriendo el pasillo de un lado a otro.

Will se revolvió en su asiento. Sus vértebras parecían haberse transformado en los dientes de una cremallera y le estaban estrangulando la espina dorsal, además, notaba cómo se le agarrotaban los músculos de las piernas. Aquel dolor corporal se debía a dos motivos. El primero era la despedida que su novia le había dedicado la noche anterior. Y también aquella misma mañana en el aparcamiento disuasorio del aeropuerto. El segundo era porque se había pasado toda la hora que duraba el vuelo entre Atlanta y Lexington con las rodillas encogidas contra el asiento que tenía delante, estrujado entre un crío que le gritaba a un clip y un anciano flatulento.

Por tan solo uno de esos dos motivos valía la pena tener el cuerpo dolorido.

—Me importa una mierda lo que pienses, Dave —bramó una voz desde el otro lado de la puerta.

Se trataba de la coronel Stephanie Lukather, la mujer a cargo del Depósito de Oro de Estados Unidos. Un mando importante, pero qué sabía Will. La mayor parte de sus conocimientos acerca de las reservas de oro del Gobierno federal eran cortesía de la Wikipedia y *James Bond contra Goldfinger*.

Las instalaciones estaban ubicadas junto a la base militar de Fort Knox, en el cruce de Bullion Boulevard y Gold Vault Road. La puerta principal, de un grosor de cincuenta centímetros, estaba hecha de veinte toneladas de un material resistente a taladradoras y sopletes, y cerca de trescientos cincuenta mil millones de dólares en metales preciosos se almacenaban en su interior. El Cuerpo de Policía Federal del Tesoro de Estados Unidos estaba a cargo de la vigilancia del depósito y, a su vez, el Ejército de Estados Unidos velaba por su seguridad. La cámara acorazada se había abierto con motivo de una inspección pública en tan solo una ocasión, en septiembre de 1974. Antes de aquello, en 1964, Pussy Galore había logrado dejar sin sentido a toda la base con la ayuda de su circo acrobático aéreo, y una bomba sucia ubicada en la cámara había sido desactivada con un margen de tan solo 0,07 segundos.

Por fin se abrió la puerta y, desde el interior, el comandante Dave Baldani le dedicó a Will una mirada de suficiencia.

Will conocía aquella mirada. Era la que utilizaban los buenos para poner en su lugar a los malos. Él mismo la utilizaba mucho en su trabajo habitual como agente especial en la Oficina de Investigación de Georgia. Sin embargo, Will no estaba en Fort Knox como agente, sino de infiltrado, haciéndose pasar por un excapitán del Ejército que se había visto abocado a la espiral descendente de las decisiones estúpidas después de dos misiones en Afganistán.

Su identidad era perfectamente segura, a menos que fueras capaz de colarte en la base de datos del Pentágono: Jack Phineas Wolfe, licenciado

con honores en 2016. Dos delitos por conducción bajo la influencia del alcohol en su haber, condenado a la prestación de servicios comunitarios y posterior obtención de la libertad condicional. Divorciado y sin hijos. En números rojos y al límite de crédito en sus tarjetas. Desahuciado de su último lugar de residencia conocido. Coche embargado por el banco. Actualmente en busca de un trabajo honrado, o todo lo honrado que pueda ser.

—Venga, muchachos. —La coronel Lukather tenía cincuenta y pocos años, era esbelta y llevaba la larga melena rubia recogida al estilo militar. Realizó un movimiento de impaciencia con la mano y continuó—: Estoy esperando por vosotros.

Will se vio obligado a agachar la cabeza para poder ponerse de pie. El techo abombado era cuarenta y cinco centímetros más bajo de lo que debería. Las paredes de paneles oscuros habían cedido con el paso del tiempo. Una hilera de archivadores cerrados con llave se alineaba en uno de los laterales de la estancia; en el otro, estaba ubicado el escritorio metálico reglamentario de la coronel. Las ventanas brillaban por su ausencia, el aire apenas circulaba. Bien podría haber estado de pie en el interior de un ataúd.

—El general de brigada del piso de arriba quería instalar una ducha en su oficina —explicó la coronel Lukather señalando el techo abombado—. La mierda siempre rueda colina abajo. Tampoco es que necesite un tragaluz, Wolfe. Toma asiento.

Will se acomodó en una de las sillas situadas frente a ella. Baldani permaneció de pie a unos cinco centímetros de distancia del hombro de Will, haciendo gala de otro truquito de buenos y malos.

—Wolfe, te has metido en unos cuantos líos desde que abandonaste el servicio militar —dijo Lukather.

Will no interpretó aquello como una pregunta, así que no respondió al comentario.

Lukather apoyó la mano en el expediente de Will, a la espera de que el silencio que les rodeaba hiciera mella en él, sin embargo, no tuvo el

efecto deseado.

El reloj de pared emitió un nítido toc.

Baldani dejó escapar un largo resoplido de fumador a modo de suspiro.

—Dave, parece que tenemos ante nosotros a un auténtico figura. — Lukather abrió el expediente y fingió que leía por primera vez la información que contenía—: Destinado al culo del mundo. Quinto de tu clase en la escuela de John Wayne. Y te llenaste la pechera de medallitas en el arenal de Oriente Medio. Triplete, vamos. Un cabronazo con un entusiasmo desmedido. Está claro que eres el ganador del concurso de a ver quién la tiene más grande en la sala.

Will no había tenido tiempo para estudiar jerga militar, así que apenas había entendido nada de lo dicho, salvo la última parte, claro, que le parecía bastante veraz.

—Pero luego... —Lukather pasó a la siguiente hoja del expediente y recorrió con el dedo el historial de Jack Wolfe—. Dos delitos por conducción bajo la influencia del alcohol. Un divorcio turbulento. Apenas crédito en el banco. ¿Qué te hace pensar que debería pagarte quince dólares la hora y darte alojamiento en uno de mis hoteles por el privilegio de trabajar en mi base durante los próximos días?

Will encogió un hombro al estilo de «me importa una mierda» que utilizaban los sospechosos de un delito cualquiera mientras los interrogaba.

—Usted verá.

Baldani cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna, evidentemente molesto.

Lukather levantó la vista de los papeles. Puede que reconociera el mérito de la honestidad de Will, porque no lo echó de su despacho hecha una furia.

—¿Sabes cuál es el trabajo?

—¿De conserjería? —Will volvió a encogerse de hombros solo para sacar a Baldani de sus casillas—. En el anuncio decían algo de limpiar.

—Bueno, no se trata del típico trabajo de esfuerzo físico —respondió la coronel—. ¿Qué sabes acerca del oro?

Will volvió a encogerse de hombros.

—Que no me vendría mal un poco.

—Ya está bien, capullo. —Baldani acababa de llegar a su límite—. Controla esa actitud. Te estás dirigiendo a una coronel del Ejército de los Estados Unidos.

Will giró la barbilla unos dos grados, como haciendo caso omiso a su advertencia.

Las manos de Baldani se cerraron formando un puño apretado, lo que resultaba una auténtica estupidez, porque en el mismísimo instante en el que levantara los brazos en un amago de atacarle, Will le golpearía tan fuerte en los testículos que se los incrustaría en el trasero.

—Ya está bien, muchachos. —Lukather cerró el expediente de Jack Wolfe. La decisión respecto al empleo ya estaba tomada, pero por el momento decidió no compartirla. En lugar de eso, prosiguió—: El oro es un elemento químico presente en nuestro entorno de manera natural que ostenta el número atómico 79. Está clasificado como metal blando, así que puede sufrir arañazos y otro tipo de daños fácilmente. El aceite que producen nuestras manos puede corroer o deslustrar el acabado, haciendo disminuir su valor. Cuando se manipula, se recomienda utilizar guantes de algodón que hayan sido sometidos a un tratamiento antipelusas. Se requiere también el uso de mascarillas dado que la humedad procedente del aliento o la propia saliva pueden dejar manchas imposibles de eliminar en su superficie.

Will permaneció callado, a la espera de que el discurso continuara.

»La orden ejecutiva 6102, emitida por el presidente Franklin D. Roosevelt en 1933, prohibió la posesión particular de monedas, lingotes y certificados de oro, lo que obligó a los ciudadanos a vender tales artículos a la Reserva Federal. En 1936, el Departamento del Tesoro inició la construcción de la Cámara del Oro y, al final, se trasladó la mayoría de las reservas de oro a nuestras instalaciones a través de un convoy altamente protegido y fuertemente armado. Hoy en día hay almacenados a gran profundidad en cámaras acorazadas 147,3 millones de onzas troy, principalmente en la forma de barras de oro de 12,4 kilos que poseen una pureza de entre el 90 y el 99 por ciento. El resto de la reserva nacional está almacenada en West Point y Denver.

Will se encogió de hombros al estilo «me importa una mierda» otra vez.

—¿Y?

—Por orden del Congreso, las cámaras se revisan anualmente de la mano de la Oficina del Inspector General del Departamento del Tesoro. A ojo. Tardaríamos meses en comprobar los números de serie de cada lingote con el inventario. Y esto es lo que nos trae hoy aquí, capitán Wolfe. La TS/Ultra 42-12 en lo relativo a la compartimentación de 1978 de las leyes reguladoras del Tesoro exige que cada una de las piezas de oro sea inspeccionada manualmente cada diez años. Actualmente nos encontramos en el décimo año de este proceso, nos quedan pocos días para alcanzar la fecha límite y nos falta un hombre.

Will dejó lo del encogimiento de hombros, y en su lugar, se frotó la mandíbula en un intento por detener a un invisible Will adolescente que no dejaba de dar saltitos a su alrededor como un idiota subido a un pogo saltarín. Tenía la esperanza de que aquel trabajo de infiltrado pudiera llevarle al interior de las instalaciones, pero se trataba de adentrarse en las cámaras. Con el oro. Estaban habiendo de territorio Oddjob, y necesitaba que le confirmaran sus sospechas.

—¿Quiere que manipule el oro?

—Serías básicamente una criada —dijo Baldani—. Te encargarías de limpiar el oro. En eso se resume lo que exige esta ley: pasarle un pañito al oro.

—Se tarda exactamente nueve meses en hacer inventario completo —añadió Lukather—, y da la casualidad de que vamos algo adelantados ahora mismo, lo cual es estupendo. Se trabaja veinticuatro horas al día, siete días a la semana; contamos con dos equipos de seis personas durante la jornada diurna, y otros dos equipos más de seis integrantes de medianoche a las ocho. Por razones de seguridad, ningún equipo pasa más de dos semanas en el interior de las cámaras, y echamos mano de personal externo (preferiblemente antiguos militares), de manera que nadie en la base se familiariza demasiado con las idas y venidas. Como he dicho, estamos realmente cerca de la fecha límite, pero el turno de día necesita un nuevo eslabón en la cadena.

Will reflexionó acerca de lo que acababa de decir Lukather. En realidad, no le había ofrecido el trabajo, pero le había puesto al corriente de un programa ultra-secreto, que era prácticamente lo mismo. Ahora no era el momento de sonar demasiado desesperado.

—¿Qué hace falta?

—Trabajo duro —respondió Baldani, esforzándose por transmitir que dudaba de la capacidad de Will para llevar a cabo la tarea empleando un tono amenazador.

—Dave está en lo cierto —prosiguió Lukather—. El encanto del oro desaparece en una media hora. Después, no es más que un trabajo en el que te dejas la espalda. A la vista está que sigues en buena forma, Wolfe. Has perdido tu corte a cepillo, pero todavía puedo ver el soldado que hay en ti. —Se recostó en la silla y lo evaluó abiertamente con la mirada—. Medirás uno noventa y cinco y pesarás unos... ¿noventa y cinco kilos?

Will pesaba ochenta y cuatro kilos desde el instituto, pero asintió con la cabeza.

—Dave cree que me vas a dar problemas, pero a mí me va un poco el caos. —Sonrió abiertamente a Will—. Además, el último tipo recomendado por Dave nos dejó colgados en cuanto empezó a sudar la gota gorda. ¿Te vas a rajar a la mínima, capitán?

Will negó con la cabeza.

—Abandonar no va con mi carácter.

—Apuesto a que no. —Lukather parpadeó para retirar algo que se le había metido en un ojo—. Me gusta tener bajo mi mando a hombres trabajadores. ¿Eres de esos, Wolfe?

Will no era ajeno al trabajo manual.

—Siempre saco el trabajo adelante.

—Seguro que sí, soldado. —La coronel soltó una carcajada profunda y sonora—. Baldani, mételo en el sistema. ¡Sí, señor!

Baldani parecía querer discutir, pero no tenía la pinta de que Lukather fuera una de esas mujeres con las que uno desea enzarzarse, y no solo por el rango que lucía sobre los hombros.

—Vamos, capullo —refunfuñó Baldani.

El «capullo» le proporcionó a Baldani el placer de observar a Will tomarse su tiempo en levantarse de la silla. Para restregárselo todavía más, hizo toda la pantomima de agachar la cabeza para evitar chocarse con el techo bajo, sobre todo porque Baldani libraba el techo por treinta centímetros. El comandante levantó la mirada para observar a Will con una especie de ira en los ojos. La Histeria del Hombre Bajito, lo llamaba la novia de Will, y debía de saber de qué hablaba, porque ella también era

más alta que Baldani.

En el pasillo, el comandante, más que caminar, pateaba el suelo con las botas. Para tratarse de un tipo de barriga prominente, estaba en forma; seguramente pasaba la misma cantidad de tiempo en el bar que en el gimnasio. Llevaba el pelo corto pegado a la cabeza, lo que no ayudaba mucho a disimular la calva que lucía en la coronilla. Baldani pilló a Will con la mirada puesta en la parcela de cuero cabelludo desnudo quemada por el sol, y el comandante se la cubrió con la mano, fingiendo que se secaba el sudor. Le lanzó una mirada reprobatoria a Will, y luego otra, cuando este se rio entre dientes.

—Que ni se te pase por la cabeza pensar que Lukather te pone ojitos — le advirtió Baldani—. Sería capaz de sentarse sobre el pomo de una puerta con tal de sentir un cosquilleo en los pezones.

Will decidió meterse con aquel tipo en serio.

—¿Y quién no?

En el exterior, el sol le incidió en el rostro como si le clavarán una cuchilla. Will escuchó el sonido de disparos en la distancia seguidos de una explosión y más disparos, lo que le hizo desear tener a mano un arma o algo que hacer volar por los aires. Deformación profesional.

Baldani se subió a un Impala azul con estalactitas de barro colgando del chasis, y para cuando Will lo imitó, el aire acondicionado rozaba ya la temperatura de un congelador. Entonces experimentó esa sensación tan familiar en la que el sudor te recorre la espalda a la vez que la nariz te empieza a moquear a causa del frío. Die- ron la vuelta con el coche. La radio ya estaba alta, pero Baldani la subió todavía más porque nada dejaba más claro lo duro que eras que llevar *Smells Like Teen Spirit* sonando a todo trapo a través de los altavoces.

Will repasó mentalmente los conocimientos que había adquirido en Wikipedia mientras los neumáticos del coche rechinaban a su salida del aparcamiento. La base se extendía a lo largo y ancho de unos cuatrocientos kilómetros cuadrados, abarcando así tres condados diferentes. Cerca de trece mil personas vivían en el complejo, y miles más

pasaban por allí para someterse a entrenamiento o prestar apoyo. Había hoteles, restaurantes de comida rápida, mini centros comerciales, una bolera, un hospital, viviendas familiares y escuelas de educación primaria y secundaria. Por cada cien mujeres de más de dieciocho años, había 190,3 hombres, lo que quizá explicara por qué Baldani estaba tan tenso.

O quizá simplemente aquel tipo no era más que un capullo.

Una vez en la carretera principal, Will acertó a ver más edificios de oficinas de los que era capaz de contar. El mando de recursos humanos del Ejército llamaba a la base «casa», y Will dio por hecho que con eso quería decir que aquel era el lugar al que el papeleo iba a morir. Aun así, se encontraba en una base en activo del Ejército que disponía de una seguridad de alto nivel. Solo atravesar la puerta de acceso principal les había llevado dos horas de espera y una generosa cantidad de sudor que había empapado diversas formas de documentos de identificación «falsos pero no falsos» emitidos por el Gobierno a nombre de Jack Phineas Wolfe.

La Cámara del Oro se erigió ante sus ojos al final de una larga carretera. El edificio de granito blanco resultaba bastante inocuo a la vista; era la clásica estructura *art déco* de los años treinta, un lugar más hermoso de lo que debería haber sido si tenemos en cuenta que la Gran Depresión había provocado que la mayor parte del país se quedara sin trabajo y que el resto se tomara su tiempo, ya que podían permitirse el lujo de un salario mínimo.

Will había visto la cámara desde la autopista y pensó que le engañaba la vista. No le acababa de encajar que unas instalaciones de esas características estuvieran así, ahí mismo, al aire libre. Fue entonces cuando se dio de bruces con la concertina y las hileras de valla electrificada, las señales de advertencia y los todoterrenos zigzagueando por los alrededores de lo que parecía ser una extensión de diez campos de fútbol plagada de minas antipersona. No había ni rastro de francotiradores en el tejado, pero tampoco le resultó descabellado: para cuando un posible ladrón hubiera logrado atravesar la enorme extensión de campo abierto que rodeaba el edificio, habría habido por lo menos doscientos hombres armados apuntándole.

Baldani detuvo el coche junto a un edificio bajo de una sola planta ubicado nada más atravesar el portón abierto. Aunque, bueno, eso de «abierto» no era del todo cierto. Las hojas del pesado portón de hierro estaban abiertas, pero una docena de bolardos se erigían entre ellas cortando el acceso y varias hileras de clavos sobresalían por encima del asfalto como los dientes de un cocodrilo.

—Ha llegado el momento del cacheo, Wolfie —le informó Baldani.

Un guarda al que parecía que le habían metido un par de sacos de cemento bajo la camisa le abrió la puerta del coche. Will echó un vistazo a su alrededor protegiéndose la vista del sol con la mano. La última vez que se había visto rodeado de tal cantidad de hombres armados hasta los dientes se encontraba en plena redada en un almacén en el puerto de Savannah, participando en una operación conjunta con el FBI, la DEA y la ATF.

Baldani arrojó las llaves, el mechero y su documento de identificación en una bandeja que, transportada en una cinta, atravesó una máquina de rayos X. Fin de su examen. Luego, se apoyó de espaldas contra la valla y se encendió un cigarrillo mientras esperaba a que registraran a Will. Llegar a la base había sido difícil, pero aquel examen tan exhaustivo a las puertas de la cámara era como si... como si, efectivamente, estuviera a punto de adentrarse en Fort Knox.

Will contó diez guardas con fusiles de asalto M4 colgados alrededor del cuello, el hermano mayor del fusil civil AR-15, y, para completar el atuendo, llevaban semiautomáticas Sig Sauer P-320, espráis de pimienta, pistolas de descarga eléctrica y porras plegables de metal enganchadas a los cinturones. Se movían rápido, con eficacia, arrastrando a Will de un lado a otro como si se hallara en una cinta transportadora de escrutinio. Un fornido pastor alemán olisqueó la entrepierna de Will. Luego, un crío con un portátil arrampló con su cartera, escaneó varios documentos identificativos falsos y los introdujo en el sistema. Las botas de Will fueron sometidas a la máquina de rayos X, y se vio obligado a

desprenderse del cinturón y a levantar los brazos para permitir que un guarda trazara su figura en el aire alrededor de su cuerpo con un detector de metales. A continuación, y a pesar del concienzudo examen, le cachearon y le pidieron que mostrara la barra de protector labial y las llaves. Luego, otro tipo le cacheó de nuevo, y un tercero le pasó un pequeño trozo de papel por las manos para luego introducirlo en una máquina y asegurarse de que no había ni rastro de residuos propios de la fabricación de una bomba.

El Impala estaba siendo sometido a una revisión similar. Un guarda deslizó un espejo por los bajos del coche, destruyendo a su paso las estalactitas, y dejaron campar a sus anchas a un pastor belga. Levantaron los asientos y le dieron la vuelta a las alfombrillas y a los parasoles. Abrieron la guantera, revisaron el motor y el maletero. Pasaron un medidor Geiger en torno al vehículo mientras se aseguraban de que no hubiera residuos de explosivos.

Will ya transpiraba por culpa del calor, pero una especie de sudor nervioso empezó a manarle del cuero cabelludo cuando se dispusieron a analizar sus huellas dactilares. ¿Su identidad falsa de Jack Phineas Wolfe se mantendría intacta tras someterla a tales niveles de escrutinio o Will acabaría recibiendo un disparo allí mismo? Puede que aquel no fuera el mejor momento para cuestionarse ese tipo de cosas.

Ninguno de los guardas parecía tener edad suficiente como para comprar alcohol de manera legal; uno de ellos incluso todavía tenía pelusilla en la barbilla, y otro bien podría haber pasado por Groot en plena pubertad. Eso sí, todos compartían la misma mirada de aburrimiento que, llegado el caso, podía desembocar en gatillos fáciles, porras voladoras y un Will siendo transportado por aire al hospital o conducido a la morgue.

El corazón le golpeteó contra las costillas cuando el crío del portátil se alejó de su lado con el carné de conducir de Jack Wolfe, su tarjeta del seguro médico de veteranos, la de la seguridad social y, por algún motivo desconocido, también la de los grandes almacenes Costco.

Otro guarda se acercó a él portando una especie de pesadas gafas de buceo de color negro. De la parte superior salía un cable elástico, cuyo extremo estaba enchufado a una tableta.

—Mire aquí.

Will presionó el rostro contra las gafas. No se veía nada salvo oscuridad, luego una línea cruzó su visión y le dio la sensación de estar mirando a los ojos a un cylon de *Battlestar Galactica*. Cuando le retiraron las gafas, el sol le cegó por completo.

—Escáner de retina —le indicó Baldani. El cigarrillo a medio fumar pendía de sus labios. Parecía disfrutar con la incomodidad que Will estaba experimentando, lo que, siendo honestos, es lo mismo que habría estado haciendo Will en su lugar.

—¿Señor? —El crío del portátil volvía a estar junto a Will. Ojeó la documentación, luego miró a Will y de nuevo centró su atención en la documentación. Entonces el portátil emitió un pitido, pero el chaval no le quitaba ojo. Will le mantuvo la mirada y vio cómo el sudor se deslizaba por un lado de la cabeza afeitada del chaval. Como mínimo, el soldado debía tener dieciocho años, y tenía el cuerpo que tendría cualquiera que se pasara cada segundo de su tiempo libre o bien trabajando o intentando echar un polvo.

El portátil emitió otro pitido, pero el crío seguía sin apartar la vista de él. Finalmente, Will fue el primero en rendirse: echó un vistazo a la pantalla y se volvió de nuevo hacia el chaval, que por fin se decidió a mirar la pantalla.

—¡Alfa! ¡Hotel! ¡Papa! —exclamó el crío.

Will se preparó para recibir un disparo en la cara o ser reducido boca abajo contra el asfalto. Entonces Baldani sonrió con superioridad a la vez que tiraba el cigarrillo con un rápido movimiento de los dedos.

—Adiós. Hijo de Puta.

Bajaron los bolardos y retiraron las hileras de clavos. Los diez guardas se dispersaron y Will por fin respiró hondo, dando la bocanada de aire más profunda y liberadora de su vida.

Baldani sonrió engreído, mostrando rápidamente una hilera de dientes manchados por la nicotina del tabaco de mascar mientras conducía hacia el edificio. Will le permitió disfrutar de aquella victoria, dejando a un lado la humillación y concentrándose en la misión que tenía entre manos. No estaba allí para darle la paz de su vida a Dave Baldani ni para limpiar lingotes de oro. Estaba allí para encontrar a un asesino de polis.

El primer crimen se había cometido el 16 de abril de 1997 en una ciudad a ciento sesenta kilómetros al sur de Atlanta llamada Margrave, en el estado de Georgia.

Los hechos eran los siguientes:

Un desconocido fue visto merodeando por la biblioteca de Margrave y sus alrededores. Al tratarse de un pueblo pequeño, no tenían costumbre de recibir a desconocidos, al menos no a muchos que no pudieran llegar a reconocer finalmente. El merodeador era un varón blanco, rubio y de ojos azules, medía más de un metro ochenta, tenía la constitución de un defensa de fútbol americano e iba vestido con vaqueros sucios y una chaqueta militar de camuflaje. La última vez que le vieron fue paseando de un lado a otro frente a las puertas de la biblioteca. Había estado en el interior del edificio para usar el servicio y hojear una copia de la *Guía de aves del sureste de Estados Unidos*. La bibliotecaria había llamado a la oficina del *sheriff* en cuanto escuchó al desconocido hablando consigo mismo entre susurros. En el transcurso de cinco minutos, un ayudante de *sheriff* ya se había desplazado al lugar. Según un testigo ocular, el desconocido desenfundó un revólver y disparó al ayudante en la cabeza.

El nombre del ayudante era Phillip Michael Deacon. Tenía treinta y nueve años y llevaba en la policía veintiuno. Estaba casado, tenía un hijo adolescente y una hija casada, embarazada del que iba a ser su primer nieto.

El desconocido ni siquiera se molestó en advertir a Deacon, de hecho, no llegaron a cruzar palabra alguna. Tan solo se escucharon los dos disparos. Luego el desconocido huyó en dirección al bosque y nunca se volvió a saber de él.

Deacon había sobrevivido a los disparos, pero no se puede decir que haya vivido. No llegó a despertarse después de la cirugía y se pasó los siguientes veintidós años en coma. Hace dos meses, finalmente terminó sucumbiendo a causa de una neumonía, lo que transformó la orden de detención por intento de asesinato de un agente de policía en una de asesinato en primer grado con agravantes, y esto se traducía en la pena máxima: la muerte.

Fue entonces cuando el jefe de Will le dejó el expediente sobre la mesa.

Will no era muy fan de los asesinos, pero los que se dedican a matar polis tenían reservada la parte del infierno favorita del diablo. Cada una de las horas que se había pasado despierto desde que le habían entregado el expediente las había invertido en indagar sobre el caso original, incluso se desplazó al almacén de seguridad del GBI en Dry Branch para sumergirse en lo más profundo del depósito de pruebas en busca de las únicas evidencias físicas que quedaban del caso: fragmentos de las dos balas extraídas del cerebro de Phillip Deacon y una bolsa de plástico sellada que contenía la copia de la *Guía de aves del sureste de Estados Unidos* de la biblioteca de Margrave.

No había ningún arma con la que cotejar los fragmentos de bala, y las únicas huellas válidas halladas en el libro pertenecían a la bibliotecaria que, la mañana del tiroteo, lo había desembalado de una caja de mercancía recién llegada y lo había colocado en el estante

correspondiente.

El ciudadano común siempre piensa que los casos abiertos que tuvieron lugar hace mucho son imposibles de resolver. No es una suposición del todo errónea, pero, a menudo, Will ha podido comprobar que el paso del tiempo proporciona más perspectiva a los testigos. En la mayoría de las ocasiones, todo se reducía al simple hecho de que ya no se sentían atemorizados. Los abusos y matones que los habían intimidado habían muerto jóvenes o habían terminado en prisión. Los matrimonios se disolvían, se acababa el amor. Las reputaciones se echaban a perder o se reconstruían. En resumen, un largo periodo de tiempo podía arrojar más luz a acontecimientos del pasado.

Will se había desplazado a la parte más noroccidental del estado de Florida, conocida como el Mango de Florida, para hablar con la ya jubilada bibliotecaria que había efectuado la llamada a la policía aquel día. También había localizado a la viuda del testigo ocular del tiroteo, e incluso había hablado con algunos de los ayudantes del *sheriff*, compañeros de Deacon, y con varios de los mecenas de la biblioteca. Se había sentado en incontables salas de estar a beber innumerables vasos de té helado y a escuchar interminables testimonios de ancianas que compartían con él minúsculos fragmentos de información que conformaban las piezas que finalmente ayudarían a Will a resolver el rompecabezas.

Primera pieza: un mes después del intento de asesinato del ayudante Deacon en el exterior de la biblioteca, un segundo desconocido se presenta en Margrave.

Segunda pieza: el desconocido número dos resultó ser un varón blanco de treinta y tantos, con cabello rubio y ojos azules, unos dos metros de altura y cerca de ciento quince kilos de peso. Algunos incluso dirían que su constitución era digna de cualquier defensa de fútbol americano.

Tercera pieza: el desconocido número dos fue detenido de inmediato por asesi- nato (no por el intento de asesinato de la biblioteca, sino por

el asesinato en primer grado de un varón sin identificar) por el *sheriff* de Margrave, que también resultó ser el único testigo ocular del supuesto asesinato. Lo de «supuesto» es porque Will no pudo encontrar ningún informe o expediente que hiciera mención alguna a un asesinato cometido en aquella época.

Cuarta pieza: existía un registro de traslado a prisión que confirmaba que el desconocido número dos había sido enviado a la penitenciaría de Warburton; sin embargo, allí no había registro alguno que indicara que hubiera permanecido en las instalaciones más de dos días.

Quinta pieza: en lugar de que el *sheriff* diera aviso al cuerpo de alguaciles para llevar a cabo una búsqueda intensiva del presunto fugitivo, el cargo por el «supuesto» asesinato fue desestimado y se permitió que el desconocido número dos desapareciera.

Hasta ahora.

—Última parada, lencería. —Baldani aparcó el coche ocupando dos plazas libres, como si estuviera al volante de un Lamborghini en vez de un Chevrolet del Gobierno.

En cuanto salió del coche, Will escuchó el clic de un mechero y se detuvo a observar el imponente edificio: torres de vigilancia, cámaras de seguridad, tiradores con rifles apostados en ventanas estrechísimas y tal despliegue de focos que sus luces probablemente se podrían ver desde la superficie de la luna. Aquel lugar estaba custodiado como Fort Knox.

Baldani se encaminó hacia una puerta lateral, dejando una nube de humo a su paso. Will lo siguió tratando de mantenerse a favor del viento mientras se preguntaba qué sería lo que acabaría antes con Baldani, si cáncer de pulmón o de piel.

No era problema suyo.

Will pasó la mano a lo largo del frío lateral de granito del edificio

mientras repasaba mentalmente los detalles fundamentales del caso: Phillip Michael Deacon nunca llegó a tener en brazos a su primer nieto. Nunca llegó a ver ningún partido de su hijo. Nunca volvió a besar a su mujer o a conducir hasta la tienda, a sacar la basura o a rascarse el trasero cuando le picaba, y todo porque había acudido al aviso de que alguien estaba merodeando por el pueblo. Había perdido aquello que tenía sentido en su vida.

Lo que Will sabía acerca del *sheriff* de Margrave se resumía en lo siguiente: era un corrupto hijo de puta. Y también que estaba muerto y enterrado.

La viuda del *sheriff* no había conservado ninguno de los expedientes de caso de su marido, y sus hijos eran incapaces de pronunciar el nombre de su padre. El informe inicial del *sheriff* en el que él mismo figuraba como testigo ocular del «supuesto» asesinato en primer grado ya no existía y ninguno de sus antiguos ayudantes estaba dispuesto a hablar en contra de su jefe, incluso a pesar de que el hombre ya se pudría bajo tierra. Allá por 1997 todavía no había ordenadores en la oficina del *sheriff*, así que la única razón por la que Will conocía los detalles acerca del desconocido número uno era porque habían contactado con el GBI inmediatamente después del tiroteo. De acuerdo a la legislación estatal, la agencia a la que pertenecía estaba a cargo de investigar cualquier tiroteo en el que se vieran involucradas las fuerzas del orden.

Will había recabado la escasa información que poseía sobre el desconocido número dos gracias a cotilleos extraídos de aquí y allá, tirando de un hilo tras otro, hasta que finalmente le habían llevado a un archivo viejo y polvoriento en el sótano de la penitenciaría de Warburton. La solicitud por triplicado de traslado de prisioneros concerniente al desconocido número dos le había proporcionado los detalles necesarios: el nombre del preso, la fecha de nacimiento, su aspecto físico y la foto policial, así como los cargos que se presentaban contra él y la firma del *sheriff* en el informe resumido en el que se autoproclamaba testigo ocular.

Ya era mala suerte que el desconocido número dos hubiera llegado a Margrave y en el transcurso de tan solo una hora se las arreglara para asesinar «supuestamente» a un tipo a sangre fría frente a un solo testigo, que, además, daba la casualidad de no ser otro que un veterano *sheriff* del condado.

La pieza número seis del rompecabezas era una esquina: en el periodo transcurrido entre el disparo a Phillip Michael Deacon y la detención del desconocido número dos, Will no halló prueba alguna que indicara que se había cometido un asesinato en la zona de los tres condados. Ni una sola nota de prensa o cotilleo local. Ni un solo registro en las funerarias de los alrededores. Y, por supuesto, no se había registrado ningún certificado de defunción en la División de Salud Pública y Registros Vitales de Georgia.

Desde el punto de vista de Will, lo único que tenía sentido era que el *sheriff* corrupto había incriminado al desconocido número dos de un asesinato que jamás había ocurrido.

Pero ¿por qué?

La respuesta más plausible a esta pregunta ayudó a Will a ver la imagen completa que cada una de las piezas había empezado a desvelar: el desconocido número uno tenía que ser el desconocido número dos porque...

Siete: las descripciones físicas de ambos desconocidos eran idénticas.

Ocho: ambos desconocidos habían ido a parar casualmente a un pueblo insignificante que nunca recibía visitas de extraños.

Nueve, otra esquina: Will le había enviado un correo electrónico a la bibliotecaria jubilada, que vivía en Florida, adjuntándole una copia de la foto policial que había encontrado en el archivo del traslado de prisioneros del desconocido número dos, y había respondido inmediatamente declarando con total certeza que el desconocido

número dos era el desconocido número uno, el hombre que se encontraba merodeando por la biblioteca en 1997 y por el que había llamado a la policía. El mismo hombre que un testigo ocular había identificado como el tirador que había disparado a Phillip Michael Deacon dos veces en la cabeza.

Ergo, Will tenía a su hombre.

—Por aquí, Wolfe. —Baldani le dio una última calada al cigarrillo antes de abrir la puerta.

La temperatura en el interior del edificio estaba unos diez grados por debajo que en el exterior. Baldani se dispuso a descender por un empinado tramo de escaleras y Will lo siguió. Una vez en el rellano se toparon con una puerta de acero cerrada con llave y luego tomaron otro tramo de escaleras, esta vez ascendente. A continuación, volvieron a bajar. Will empezaba a pensar que aquella debía de ser otra de las bromas pesadas de Baldani, pero entonces accedieron a un enorme recibidor cuyas paredes y suelos estaban revestidos de un pulido y resplandeciente mármol blanco.

El sudor que cubría el cuerpo de Will se convirtió en hielo.

Aquella sala olía a dinero; no del tipo electrónico ni del procedente de un fondo de inversión, sino del de verdad, del tipo J. D. Rockefeller de la canción *Puttin' on the Ritz*. El techo estaba empapelado con pan de oro, los respaldos de los bancos de caoba estaban decorados con intrincados diseños tallados a mano y obras de arte dignas de un museo colgaban de las paredes. Will se acercó a una de las vitrinas de cristal.

—No es más que un libro viejo —indicó Baldani.

—Es la Biblia de Gutenberg. —Will nunca había ido a misa, pero sentía como si en aquel lugar tuviera que hablar en susurros.

—Ya —dijo Baldani—. Durante la Segunda Guerra Mundial guardaron

aquí una copia de la Carta Magna, la Constitución original de los Estados Unidos y la Declaración de Independencia. He oído que incluso almacenamos morfina durante la Guerra Fría.

—No poseíamos las materias primas para elaborarla nosotros.

—Lo que tú digas. —Baldani guio a Will a través del recibidor.

Dos guardas más se encontraban de pie junto a una gran puerta de madera de dos hojas. Las bisagras eran de latón pulido, tan largas y anchas como un corgi extendido. Will miró hacia arriba, estudiando con detenimiento una a una las letras mayúsculas esculpidas en el arco de la puerta. Cada una de ellas estaba tallada en la piedra como mínimo a unos siete u ocho centímetros de profundidad; martillo y cincel habían sido utilizados para destripar el mármol y formar las siguientes palabras:

DEPÓSITO DE LOS ESTADOS UNIDOS

—¿Vas a seguir comiéndote ese letrero con los ojos o entramos ya? —preguntó Baldani.

Los dos hombres que montaban guardia empujaron las hojas de madera de la puerta haciendo uso de su potente musculatura, y así, sin más, Will se halló de pronto frente a la puerta de la cámara abierta de par en par. Cuatro guardas armados bloqueaban el acceso a un pasillo largo y blanco. Se trataba de los agentes de la Policía federal a cargo de custodiar el Tesoro, cada uno con su chaleco antibalas con el sello del Departamento del Tesoro de Estados Unidos cosido al pecho y tres armas a la vista, lo que significaba que probablemente llevarían otras ocultas.

Will se vio impelido a tocar la puerta de la cámara. El acero inoxidable estaba frío bajo la palma de su mano. Era enorme, tan gruesa como tres hombres adultos y el doble de alta que él.

—Se necesitan cuatro personas para abrir a esa grandullona. Cada uno

tiene que memorizar su propia combinación, proporcionada personalmente por el secretario del Tesoro. Nadie puede verlos en el momento en que las introducen. Luego hay que hacer girar la rueda catorce veces para descorrer los pernos.

Baldani se dirigió hacia el interior y Will lo siguió. La opulencia se acababa en la puerta, y de inmediato a Will le vinieron a la cabeza imágenes del interior de todos los edificios gubernamentales en los que había estado: techos bajos, conductos de aire acondicionado a la vista, pintura blanca en las paredes que había amarilleado apenas dos días después de haber sido untada abundantemente sobre los bloques de hormigón, baldosas de suelo agrietadas, juntas sucias, cables multicolor que no llevaban a ningún sitio...

Mientras descendían por una rampa empinada, Will notó que la temperatura había caído otros diez grados. Las paredes a ambos lados del pasillo albergaban versiones de menor tamaño de la puerta principal de la cámara, y junto a cada una de ellas había colgado un cartel de color azul. Unas cintas pendían amarradas a las jambas de cada puerta a modo de precinto policial y de ellas colgaban, a su vez, unas fundas de plástico transparente. Will miró de reojo el texto impreso de los papeles que contenían las fundas, pero solo acertó a ver una hilera de números tras otra. Dio por hecho que se trataba de los números de serie que figuraban en los lingotes. Deseaba detenerse y examinar cada uno, abrir las puertas revestidas de acero inoxidable y echar un vistazo en su interior. No había ventanas y cada puerta tenía dos juegos de discos de combinación y una cerradura con llave que parecía sacada directamente de una prisión de máxima seguridad.

Baldani giró para tomar otro pasillo y Will miró hacia el techo mientras le seguía; las luces eran de xenón, lo suficientemente brillantes como para sacar a relucir los intrincados detalles de las juntas de masilla entre las baldosas. Entonces alcanzó a escuchar música en la distancia. El sonido retumbaba como el eco contra las superficies rígidas que los rodeaban. Giraron de nuevo por otro corredor. Más accesos a cámaras acorazadas, más carteles junto a cada puerta, más cintas. Cada diez

metros había un teléfono rojo anclado a la pared cuyo disco de marcación resplandecía bajo aquella luz artificial.

Más adelante, Baldani realizó otro giro. Ahora la música sonaba más alta; se trataba de Hoobastank, lo que en sí mismo tenía que constituir alguna clase de delito. Llegados a aquellas profundidades de la cámara no había ya ningún guarda. Will supuso que solo existía una salida, y que para ocultar un lingote de oro de casi catorce kilos en tu cuerpo hacía falta tener un tipo de ano fuera de lo normal.

—Hostia puta. —Las palabras se escaparon de la boca de Will antes de que pudiera detenerlas.

Habían llegado a la primera puerta abierta, y en el interior pudo ver a tres hombres con guantes de algodón blancos y mascarillas cogiendo lingotes de oro y apilándolos en un palé.

The Reason se detuvo con un gimoteo, o puede que Will hubiera perdido el sentido del oído. Nunca había presenciado algo así. Toda su vida se había imaginado al Tío Gilito disfrutando de su baño de oro diario entre montañas de monedas, cuando en realidad debería haber pensado en Minecraft y la construcción de toda una puñetera ciudad.

—Aquí tenéis al nuevo, capullos —dijo Baldani, aunque todos ignoraron aquella estúpida presentación.

Will asomó la cabeza al interior de la cámara abierta y comprobó que era aproximadamente del tamaño de una cámara frigorífica industrial. No había luz en el techo, pero el oro despedía un brillo metálico que era más potente que cualquier bombilla. Los lingotes estaban amontonados unos encima de otros del suelo al techo trazando la forma de una herradura en torno a la sala. Dentro había espacio suficiente como para dar cabida a una persona de pie cuya tarea consistía en pasarle los lingotes a otra persona en el exterior de la cámara, que, a su vez, se los pasaba a un tercero encargado de colocar con cuidado los lingotes en un palé de acero.

Will se dio cuenta de que se había quedado boquiabierto. Miró de reojo hacia el pasillo a la espera de que sus pupilas recobrasen un tamaño normal y observó que había otra puerta abierta justo a continuación de la primera. Al segundo equipo le faltaba un integrante, pero parecían ir más adelantados en el proceso. El tipo que se encontraba fuera de la cámara estaba arrodillándose junto al palé de acero para pasarle un trapo de algodón al oro antes de agarrar dos lingotes en cada mano, levantarse, girarse y entregárselos al tipo que estaba dentro.

Un trabajo agotador.

—La lectura de la balanza. —Baldani dio un golpecito a la pantalla led que sobresalía por detrás del palé—. En realidad, no contamos los lingotes uno a uno. Pesamos el contenido de la sala, les pasamos un trapito y lo volvemos a apilar en el interior en perfecto orden hasta la próxima.

Will asintió, pero no estaba seguro de hasta qué punto aquello tenía sentido. Las cámaras estaban selladas al vacío, desprovistas de oxígeno, y estaba claro que con tan solo sacar los lingotes al exterior su peso se veía afectado de un modo u otro. Ya fuera la humedad en el ambiente, alguna pelusa de los guantes de algodón, o quizá un mechón de pelo de alguno de los limpiadores: cuando hablamos de millones de onzas, todo cuenta.

—Aquí es donde comprobamos los cálculos.

—Baldani señaló hacia uno de los carteles azules. Alguien con una caligrafía muy cuidada había utilizado un rotulador blanco para rellenar la información—. 36 236 lingotes de oro, 14 447 794 onzas troy. El oro está a unos mil trescientos dólares la onza ahora mismo, así que estamos hablando de..., bueno, de un puto trasatlántico lleno de billetes de cien.

Una voz profunda surgió del interior de la segunda cámara:

—191 490 000 000 dólares.

Will miró más allá de la cabeza rechoncha de Baldani.

El tipo que se encontraba en el interior de la cámara no estaba a la vista. Sin embargo, Will alcanzó a ver un par de manos gigantescas surgir del interior, enfundadas en unos guantes de algodón con las costuras a punto de reventar. Los músculos de los brazos de aquel hombre parecían esculpidos a cincel, y su bronceado desvaído indicaba que estaba más acostumbrado a trabajar al aire libre. Agarró dos lingotes de oro en una mano como si fueran bloques de Lego y, a continuación, cogió otros dos con la otra mano.

—Relájate un poco, grandullón. —Baldani chasqueó los dedos, lo que indicaba que se refería a ahora mismo—. Lukather no quiere que su chico nuevo se rompa una uña.

El hombre agachó la cabeza al salir de la cámara y se quitó la mascarilla. Varón blanco de pelo rubio y ojos azules. Cincuenta y tantos años. Unos dos metros de estatura y cerca de ciento quince kilos de peso. Algunos incluso dirían que su constitución era digna de cualquier defensa de fútbol americano, pero dado el lugar en el que se encontraban, Will lo describiría más bien como del tamaño de una cámara acorazada de Fort Knox.

Las últimas piezas del rompecabezas: antiguo policía militar; actualmente: sintecho, mercenario, tipo duro, limpiador de oro, asesino de policías.

El desconocido de Margrave se presentó:

—Jack Reacher.

Reacher estaba allí por una mera cuestión de apuro financiero temporal. Literalmente. No era nada turbio, ni se trataba de una bancarrota inminente, sino de una cuestión puramente mundana. Diecisiete días antes se había gastado en almorzar más de lo esperado, y tratándose de un tipo que miraba hacia el futuro cuando podía, calculó

que no tendría suficiente dinero para ninguna de las tres cosas siguientes: un billete de autobús, cenar y una habitación en un motel para pasar la noche. Así que fue al cajero y descubrió un ingreso reciente de 612,14 dólares.

Era algo inesperado pero fácil de explicar: se trataba de un mensaje. El seis se correspondía con la «F», sexta letra del abecedario; los doce dólares eran una «L» y los catorce centavos eran la «N»: Frances L. Neagley. Decir simplemente que era la mejor suboficial con la que había tratado jamás era quedarse corto: era la mejor soldado que había conocido en su vida. Quizá incluso la mejor persona. Y, desde luego, lo más cercano que tenía a una amiga. Después del Ejército se instaló por su cuenta y abrió una agencia de seguridad de primer nivel en Chicago. Le iba bien; tenía contactos hasta debajo de las piedras. Pero ahora quería hablar con él. Ese era el mensaje. Y aquella era la única forma que tenía de contactar con un tipo que vivía tratando de pasar todo lo inadvertido posible y que de vez en cuando andaba falto de liquidez. Eso sí, el dinero era de verdad y ella esperaba que se lo quedara. Se trataba de una especie de gesto de hermana mayor, o de hermana pequeña.

Puede que simplemente sintiera lástima por él.

La llamó desde la cabina de una cafetería.

—Ha llegado a mis oídos el rumor de que hay un tipo que conoce a un tipo que quiere hablar contigo —dijo ella.

—¿Por qué conmigo? —respondió él.

—Necesitan a un exsoldado.

—Hay muchos por ahí.

—Ya, pero, en concreto, les interesa un ex policía militar.

—Hay muchos policías militares jubilados.

—Estamos en el siglo XXI —añadió Neagley—. Está claro que han diseñado un programa y han analizado las bases de datos y el resultado perfecto de la búsqueda eres tú. O alguien como tú.

—¿Por qué iba yo a estar en una base de datos?

—Estamos en el siglo XXI —insistió ella.

Dos días más tarde se encontraba en el interior del Pentágono. Primero le recibió un general en su despacho. Un tipo impresionante, sin duda, pero apenas le confió información concreta, salvo que respondía sin reservas por el coronel al que Reacher iba a conocer a continuación. Este tampoco le proporcionó ningún detalle específico, salvo que, a su vez, respondía sin reservas por el chaval con traje al que Reacher iba a conocer en último lugar. Y entonces la cosa se empezó a poner seria. Ahora sí que venía lo bueno: el chaval pertenecía a una agencia sin determinar de la que nadie había oído hablar u oiría hablar jamás. Se trataba de la institución en la que residía el verdadero poder; el lugar al que recurría la gente del Pentágono para solucionar sus problemas.

El chaval tenía treinta años y a Reacher le cayó bien casi de inmediato. Estaba en una buena edad, que Reacher recordaba con claridad: la energía interminable, la pasión. Además, el chaval era listo. Y educado; no en un sentido servil, sino de buenos modales. Por la inflexión y la cadencia de su voz, a Reacher le pareció que era de Georgia. De Metro Atlanta, quizá. Como la música *blues*: ritmos del campo endurecidos por la ciudad. Un tipo agradable, en definitiva. Además, tenía un buen sentido del humor.

—Primero hay algo que tenemos que quitarnos de en medio —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó Reacher.

—Del objetivo de la misión. A la gente le hace gracia.

—¿Por qué?

—Quiero que te cueles en Fort Knox.

—Entiendo.

—En realidad, quiero que aceptes un trabajo allí. Solo de infiltrado a medias. De todos modos, necesitan a tipos como tú. Eres el candidato perfecto.

—¿Estamos hablando de la zona de verdad o de la zona temática?

—El depósito. No tengo muy claro en qué consiste el trabajo exactamente. Es demasiado ceremonial para mí, como una especie de ritual. Pero esa no es la cuestión. Como dices, hay más Fort Knox del que se ve en las películas. Básicamente no es más que una ciudad de un tamaño respetable que tiene que lidiar con todos los problemas típicos de cualquier ciudad, incluida una red de usureros y prestamistas. Y como todas las redes de este estilo, está liderada por un cerebro criminal, y no es precisamente un tipo muy agradable. De hecho, le encanta partir piernas. Pero no las del prestatario, qué va. Una mera llamada para decir que está enfermo y que no puede presentarse en su puesto puede suscitar preguntas. Normalmente se trata de la pierna de la esposa o de uno de los hijos. Sin embargo, nadie se queja por dos razones: la primera, porque es parte del trato, y la segunda, por quién es el cerebro criminal.

—¿Sabéis quién es?

—Así es.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Es un comandante del Ejército de los Estados Unidos llamado David Baldani. Es una pieza importante en el engranaje de mando de Fort Knox. Nadie se atreve a decir palabra. Ni siquiera cuando tu hijo de diez años se pierde la temporada de fútbol.

—Pues arrestadlo.

—Ya sabes cómo funciona esto —dijo el chaval—. Has formado parte de ello. Tiene que estar todo atado y bien atado. Tenemos que pillarle amenazando a alguien. Sabemos que se pasa por el Burger King de vez en cuando. Es el lugar perfecto para conocer a esposas o hijos. Tenemos que verle en acción.

—¿Por qué yo?

—Parte de la ecuación se basa en una nota en el expediente que dice que viene bien ser fuerte.

—¿En qué demonios consiste este trabajo?

—Al parecer tiene que ver directamente con manipular los lingotes. Y pesan. Creo que es algo así como un ritual de purificación. De todas formas, no es más que puro teatro. Un encantamiento para embelesar al público. En una ocasión, de hecho, así fue literalmente. Tuvieron que abrir el depósito a modo de exposición. Creo que fue en 1974. Antes de que yo naciera.

—Estuve allí —dijo Reacher—. Un imbécil hizo correr el rumor de que no había ningún oro, que todo era mentira. La gente empezó a ponerse nerviosa, era una cuestión de instinto: silenciosa pero bastante alarmante. Se palpaba en el ambiente la posibilidad de que las cosas se pusieran feas. Así que empezaron a hacer *tours* públicos. Estuvimos en Washington por muy poco tiempo. Yo no era más que un niño. Mi padre conocía a un tipo a la cabeza de la cola. Fue impresionante. La gente se sintió mucho mejor después de aquello.

—Fort Knox no ha avanzado mucho desde entonces —dijo el chaval—. Tiene su esplendor y majestuosidad y es un símbolo muy potente, pero, aun así, ahí abajo el mundo es absoluta y totalmente analógico.

—Por mí no hay problema.

—La oficial al mando está de manicomio. Es una coronel llamada Stephanie Lukather. Baldani es su segundo. Ella insiste en llamarle Dave en público. La opinión local está dividida entre si es una cuestión de falta de respeto o una forma de camaradería.

—¿Cómo suele tomárselo él? Normalmente eso sirve de pista.

—Averígualo por ti mismo —le indicó el chaval—. Baldani es el encargado de contratar a los equipos de purificación, en eso consiste su trabajo. Estarás pegado a él durante todo el día. Síguele al Burger King. Tenemos que verle en acción.

Y así fue como Reacher terminó limpiando oro y estrechando la mano del tipo nuevo, al que necesitaba, porque al tío anterior lo habían echado, sin explicaciones y sin motivo aparente, pero, en fin, así era el Ejército. No es que el trabajo fuera complicadísimo, pero lo cierto es que era muy útil contar con dos personas. El nuevo tenía un aspecto aceptable, aunque quizá estaba un poco sorprendido: en definitiva, era un tipo alto conociendo a alguien más alto todavía. Y también estaba un poco tenso, puede que estuviera preocupado por algo. Dijo que se llamaba Jack Phineas Wolfe y tenía toda la pinta de ser exmilitar, fuera del servicio desde hace unos cuantos años, lo que parecía ser la preferencia fetiche de Baldani en temas de contratación. Su acento sonaba ligeramente parecido al del chaval con traje, pero era mayor, como de hace más tiempo. Más campo, menos ciudad.

Como todos los nuevos, empezó a destacar lo de siempre: el peso. Que si cuánto pesaba el oro y la de tiempo que había malgastado yendo al gimnasio. Entonces Baldani dio una pequeña charla acerca de los pesos troy: eran originarios de un pueblo llamado Troyes, en Francia, y se habían establecido hacía mucho. Era la forma en que pesaban metales preciosos: diferentes materiales que pesar, tipos de medidas diferentes. No podían compararse.

En términos generales, Wolfe aprendió a desarrollar la tarea que se le había encomendado bastante rápido. Aunque, bueno, también lo habría logrado un chimpancé. No se trataba de un trabajo gratificante. Soportable como tapadera uno o dos días, pero, por aquel entonces, Reacher llevaba allí once. Estaba cerca de llegar al límite y muy cerca de empezar a llamar la atención. Pero, de momento, Baldani no había ido al Burger King ni una sola vez.

Quedaba poco para el descanso para comer y Reacher no perdía la esperanza.

Por una vez en la vida se vio recompensado: por fin Baldani no se dirigió hacia su cantina habitual, sino que se encaminó hacia el restaurante de comida rápida de la base, donde acudían las familias. Como ocurría en cualquier ciudad de tamaño medio, se trataba de un lugar abarrotado de gente. Pero seguir a Baldani resultó sencillo: por un lado, Reacher tenía pericia y experiencia, y, por el otro, Baldani hacía gala de una transpirable y petulante autocomplacencia, como si nada pudiera salirle mal en la vida, que hacía imposible perderle de vista.

Sin embargo, Reacher no era en absoluto una persona con aires de suficiencia, como cualquiera que hubiera servido en Berlín Occidental. La experiencia y los años te enseñan unas cuantas cosas, como, por ejemplo, que el hecho de que estés siguiendo a alguien no quiere decir que nadie te esté siguiendo a ti. Ocurría todo el tiempo.

De hecho, ocurrió durante aquel descanso para comer: Reacher echó la vista atrás en tres ocasiones y en cada una de ellas vio al tipo nuevo pisándole los talones. Era bueno, pero no el mejor en la historia de la humanidad. Evidentemente, no era posible saber con certeza a quién estaba siguiendo exactamente. Caminaban en línea recta, por lo que puede que también fuera tras Baldani. Quizá estaba enfocando la misión desde una perspectiva diferente. Atado y bien atado era un requisito difícil de cumplir, así que cuantas más pruebas reunieran, mejor. Puede que también lo hubiera enviado el chaval con traje.

O puede que no. Puede que le hubiera enviado otra persona. Aquel tipo no parecía un soldado, se le notaba en el uso de ciertas palabras. Estaba totalmente dispuesto a cumplir con las órdenes, pero no a la manera de reflejo automático irreflexivo característica del Ejército. Además, tenía un carácter hermético, como si guardara un secreto personal. Y aquello no era posible, no dentro de la gran máquina verde que era el Ejército. Se lo habrían sacado a golpes hace mucho tiempo.

En definitiva, Reacher no estaba seguro de quién era. Tampoco es que le importara. Cuantos más, mejor, no había problema. Salvo que Jack Phineas Wolfe era un nombre estúpido para ser falso. No era creíble. Ningún padre al que le gustara Phineas antepondría Jack. Era una cuestión de naturaleza humana.

Más adelante, Baldani se adentró en el Burger King. Se trataba de un local amplio que se extendía a izquierda y derecha nada más atravesar la puerta principal.

Disponía de tres cámaras de vigilancia a plena vista, lo que quería decir que por lo menos había otras dos semiocultas. Reacher logró localizarlas rápidamente y consiguió evitarlas manteniéndose primero a la derecha, luego a la izquierda y, por último, sentándose junto a un contenedor grande patrocinado de manera estridente por una empresa de refrescos.

Por el rabillo del ojo, Reacher vio al supuesto Jack Phineas Wolfe posicionándose detrás del siguiente contenedor, situado más o menos a la misma distancia. Hacía publicidad de una empresa distinta.

Dentro del restaurante, Baldani se desplazó entre las mesas, hacia la parte de atrás. Y entonces todo se fue al traste. Al menos durante la primera milésima de segundo, Reacher dio por hecho que todo se había ido al traste. Para ambos. Para Baldani y para él, porque sentada a una mesa al fondo del local estaba Stephanie Lukather. La oficial al mando loca de remate. Por una vez en su vida, a la coronel le había entrado antojo de hamburguesa. Y tenía que ser ese día en concreto. Una coincidencia terrible, porque Baldani se vería obligado a abortar la misión. Tendría que inventarse alguna excusa y largarse. Nada ocurriría. No

entraría en acción. Once días y no tenía nada de lo que informar.

Pero no fue así. No se había ido al traste, sino todo lo contrario: Baldani se sentó frente a Lukather e intercambiaron una mirada cómplice. Parecían un poco nerviosos, quizá, pero se veía que no era la primera vez, sino que habían hecho aquello antes. Baldani se llevó la mano al abrigo y sacó dos sobres. En uno había algo abultado de una forma y un tamaño inconfundibles: se trataba de un buen fajo de billetes, de un grosor de unos cinco centímetros. Baldani lo deslizó sobre la mesa y Lukather lo cogió.

El segundo sobre parecía no contener nada en su interior, salvo un objeto pequeño y rígido, lo suficientemente pesado como para ir directo al fondo en cuanto Baldani lo inclinó. Era del tamaño de un cartucho de una Magnum del calibre 45, pero más plano, y tenía una forma familiar. Lo tenía en la punta de la lengua. Como en uno de esos estúpidos programas de preguntas y respuestas de la tele. Se iba a dar de cabezazos cuando le dijeran la respuesta.

Baldani lo deslizó por la mesa y Lukather lo cogió.

De reojo, Reacher vio cómo el supuesto Jack Phineas Wolfe se alejaba de allí, aunque él permaneció donde estaba otro largo minuto. Estaba realmente cabreado. Ahora se trataba de un circo completamente distinto. Aquello ya no iba de rellenar los huecos en una acusación preimpresa estándar, sino que habría que llevar a cabo toda una nueva investigación propia. Podría hacerse interminable.

Regresó furtivamente a las sombras y echó a andar tomando una ruta distinta, un poco más larga, pero más interesante, que incluía una parada en un rincón y luego un punto ciego a la entrada de un callejón, donde se escondió rápidamente y esperó hasta que el supuesto Jack Phineas Wolfe apareció, mirando hacia delante, un poco nervioso.

Reacher le salió al paso por la espalda.

—Buenas —saludó.
Wolfe se dio la vuelta.

—Anda, hola —respondió.

La expresión de su rostro era un cuadro: no había ni rastro de artimañas o engaño; de hecho, le pareció que Wolfe lamentaba verse obligado a utilizar ese tipo de estrategias. En lo más hondo de su ser era un tipo honesto.

—¿Qué has visto? —preguntó Reacher.

—¿Ver?

—Ahí dentro.

Wolfe movió las manos, como ensayando lo que iba a decir, y luego añadió a su interpretación una expresión facial y un movimiento de ojos, como si quisiera comunicar a todos los niveles. Por un segundo, Reacher pensó que las únicas palabras que encajaban en el ritmo del movimiento eran «Te he visto observando a Baldani». Pero, en lugar de eso, dijo:

—He visto a Baldani.

—Haciendo qué.

—Le ha dado dos sobres a Lukather.

—¿Qué contenían?

—Un montón de pasta, el primero.

—Correcto —convino Reacher.

—Y una memoria USB, el segundo.

«Imbécil», pensó Reacher. «Lo sabía». En voz alta continuó:

—No sé quién eres y no quiero saberlo, pero supongo que estamos en el mismo bando. Así que hazme un favor: dime cómo te llamas.

El tipo empezó a decir Jack Phineas Wolfe, pero Reacher lo atajó:

—No, el de verdad.

Entonces respondió:

—Will Trent.

3

De vuelta en el interior de la cámara, Will pasó el polvo de la última hilera de lingotes del palé con sumo cuidado. La luz del techo hacía que el logo del Tesoro y los números de serie destellaran sobre el metal dorado. Dentro de la mascarilla de Will, su aliento había traspasado el punto de condensación, y los guantes blancos de algodón que llevaba se habían

pegado a sus manos sudorosas. Lukather tenía razón respecto a que el encanto del trabajo se esfumaba rápidamente. Will notó cómo la espalda se le contraía en espasmos al tomar en sus manos dos pesados lingotes, girarse y pasárselos a Reacher.

No había descanso entre pases: Reacher tenía dos manos y una de ellas seguía vacía. Aunque, en realidad, Will ni siquiera las consideraba manos, eran más bien como las palas de un montacargas, porque ¿de qué otra manera un bíceps humano podía soportar casi treinta kilos de oro en cada mano como si se tratara de barras de mantequilla?

Will levantó dos lingotes más, se giró y colocó otros treinta kilos en la mano- pala que seguía libre. Mientras Reacher apilaba a toda velocidad los lingotes en el interior de la cámara, Will aprovechó el inciso para sacudir los brazos y relajar la musculatura. Megatrón ni siquiera sudaba, mientras que los músculos de los hombros de Will tamborileaban como los platillos de un monito de cuerda.

Si no supiera que aquel tipo había perpetrado un asesinato que había tardado veintidós años en completarse, Will habría admirado su resistencia física. Y también sus técnicas de vigilancia: Reacher era prácticamente del tamaño de un Ford Pinto, pero había evitado con destreza las cámaras de seguridad del exterior del Burger King. Era imposible que Baldani o Lukather hubieran detectado que alguien los vigilaba.

¿Acaso le importaba a Will por qué estaban siendo observados?

Desde luego no esperaba encontrarse a Reacher cantando en el coro de una iglesia. Aquel hombre era un matón asesino, así que tenía sentido que tramara cosas de matón asesino. Quizá el ex policía militar estaba intentando formar parte de lo que fuera que Baldani y Lukather se traían entre manos. Uno de esos sobres con- tenía un buen montón de pasta. Además, Will dio por hecho que el Ejército pagaba más o menos lo mismo que el GBI, lo que quería decir que habría sido más provechoso trabajar de friegaplatos, y Reacher había abandonado la vida militar

hacía años. Vivía la vida de un vagabundo del siglo XXI: Will no pudo hallar ningún documento que indicara que tenía una casa o un coche en propiedad. Un cepillo de dientes parecía ser su única posesión, y francamente, esa cosa tenía que ser una fábrica de gérmenes al pasarse todo el día en el bolsillo trasero de su pantalón.

Will se agachó y cogió otros dos lingotes. Se giró y los colocó sobre la mano que Reacher tendía en su dirección, luego se dio la vuelta otra vez y en silencio se recordó:

«El ayudante del *sheriff* Phillip Michael Deacon nunca pudo tener en brazos a su primer nieto. Nunca vio a su hijo jugar a la pelota. Nunca volvió a besar a su mujer...».

Will le pasó otros dos lingotes. Se había arriesgado dándole a Reacher su verdadero nombre. Por otro lado, Will era consciente de que aquel tipo no iba a sacar su teléfono móvil para buscarlo en Google. Los vagabundos no tenían teléfono, pero necesitaban dinero. Quince dólares la hora era más de lo que la mayoría de los estadounidenses podían esperar por un trabajo matador como aquel, que con el tiempo podría dejarlos inválidos o incluso acabar con ellos, pero Reacher era un criminal, y los criminales normalmente tenían formas más sencillas de ganar dinero. Así que la cuestión era ¿por qué Reacher seguía a Baldani? ¿Estaba intentando averiguar de qué manera se habían hecho con aquel jugoso sobre de pasta? ¿O simplemente quería darle la paliza de su vida a ese capullo, con las mismas ganas que tenía Will?

La entrada de Lukather en escena llevó el misterio al siguiente nivel. Sin embargo, aquello era problema de la coronel, no de Will.

Los chanchullos que se trajeran entre manos en la base no formaban parte de su misión. Por el único motivo por el que se encontraba en aquel lugar en ese preciso momento era para obtener las pruebas necesarias para llevar a Jack Reacher al corredor de la muerte.

Allá por 1997, las pruebas de ADN estaban en pañales, y eran extremadamente caras para la mayoría de las fuerzas policiales. Ahora, prácticamente podías tirarte un pedo en una silla con asiento de plástico y hacer que lo procesaran en las veinticuatro horas siguientes. O, por

poner otro ejemplo, podías extraer ADN de tres gotas de sudor seco que hace veintidós años habían ido a parar a las páginas de un libro titulado *Guía de aves del sureste de Estados Unidos*.

El experto en tratamiento de documentos en papel del GBI había extraído un perfil completo de ADN de la página titulada «Capítulo 16. El colibrí: el hermoso guerrero que habita en el patio trasero». El CODIS no había mostrado ninguna coincidencia porque los datos biométricos de Jack Reacher no estaban en el sistema. El siguiente paso lógico era hacer que un juez firmara una orden judicial que obligara a Reacher a entregar una muestra de ADN, pero ni siquiera el juez más impulsivo, patriota y chovinista del estado de Georgia firmaría en esa línea de puntos.

El problema no estaba en la solidez de las evidencias: Will poseía el registro de pruebas del GBI de Dry Branch que confirmaba que el libro de la biblioteca había permanecido en posesión del estado desde el 16 de abril de 1997, el día en que dispararon a Phillip Michael Deacon; tenía también el certificado de embarque de la editorial y los registros del transportista que demostraban que el libro había llegado a la biblioteca de Margrave esa misma mañana; asimismo, contaba con el informe forense de 1997 que corroboraba que las únicas huellas dactilares útiles se habían hallado en la cubierta del libro y que pertenecían a la bibliotecaria, y, por último, disponía de una declaración jurada de esa misma bibliotecaria en la que testificaba bajo pena de perjurio que el desconocido número uno, que también era el desconocido número dos, había sido la única persona a la que había visto manipular ese libro jamás.

Sin embargo, lo que Will no tenía era una base legal para obligar a Jack Reacher a entregar una muestra de ADN.

En el negocio de arrestar gente, Will se había tropezado con lo que se denominaba «la paradoja de la llave y la combinación», que consistía en lo siguiente: digamos que uno de los malos tiene guardadas pruebas incriminatorias en una caja fuerte. Si la caja tiene una cerradura con combinación, la policía no puede obligar al tipo a facilitarles dicha

combinación. Sin embargo, si la caja se abre con una llave, entonces la poli puede obligar al tipo a darles dicha llave.

Los tribunales han extrapolado este razonamiento de «contenidos de la mente» a cualquier cosa, desde acceder a un teléfono con huella dactilar a utilizar datos biométricos para desbloquear un ordenador. En lo que a la autoincriminación se refiere, no hay nada más propio que tu persona física. Tus pensamientos, como recordar una combinación o la contraseña de un teléfono, te pertenecen a ti exclusivamente. Tus huellas, tus ojos, tu rostro, la forma de tus orejas, tus andares y sobre todo tu ADN son tuyos y solo tuyos, y los tribunales no están muy por la labor de utilizarlos en tu contra sin una puñetera buena causa.

Por suerte para Will, había otras formas de obtener legalmente el ADN de un sospechoso.

—Baldani —dijo Reacher.

Will echó un vistazo al pasillo en busca del comandante, pero el muy imbécil todavía seguía fuera disfrutando de su descanso para fumar con el resto del equipo de limpieza.

Al parecer, Reacher estaba tomándose su propio descanso. El tío no había dicho ni pío en las dos últimas horas, pero ahora se había desprendido de la mascarilla. Se apoyó contra el marco de la puerta y cruzó los brazos contra el pecho, que debía de medir unos cuarenta centímetros de ancho. Will también se quitó la mascarilla.

—¿Qué pasa con Baldani?

Reacher contestó:

—Me pregunto si vosotros tenéis más información acerca de él que nosotros.

Will no tenía ni idea de qué estaba hablando, y dijo:

—Tú primero.

Reacher continuó:

—Sabemos que el comandante lidera una red de prestamistas y usureros por toda la ciudad. Se dedica a partirles las piernas a niñas pequeñas. Por eso me enviaron. ¿Y a ti?

Will no le dio ninguna explicación respecto a lo que le había llevado hasta allí.

—Lukather también está en el ajo.

Aquella declaración era obvia, porque ambos habían visto a la coronel coger el sobre, pero, en lugar de puntualizarlo, Reacher se despojó de los guantes rotos y los introdujo en su bolsillo trasero.

Will pensó en el algodón absorbiendo el sudor de las manos de Reacher, en el asqueroso cepillo de dientes repleto de todo ese glorioso ADN entre sus cerdas. Si Reacher se desprendía de cualquiera de esos artículos, ya fuera tirándolos a la basura, dejándolos olvidados en el banco de un parque o abandonándolos a las puertas de Fort Knox, entonces, legalmente, Will podía recogerlos y extraer ADN de ellos.

Reacher continuó:

—Dos sobres. Uno de ellos lleno de pasta.

Will le siguió el juego:

—Baldani quería que Lukather aceptara los sobres delante de todo el mundo. Un lugar público, lleno de cámaras de seguridad y testigos oculares.

—Un buen seguro de vida —añadió Reacher—. Destrucción mutua

asegurada.

Will notó un calambre en el cuello. No estaba acostumbrado a tener que mirar hacia arriba para mantener una conversación. Reacher volvió a sacar los guantes de algodón y empezó a embutir sus gruesos dedos en ellos; la forma en que lo hacía le dejó claro a Will que Reacher se había dado cuenta de que su compañero no le servía de mucho. Y aquello era malo.

Will repasó rápidamente sus opciones. El cepillo de dientes seguía en el bolsillo trasero de Reacher, una zona por la que no era muy recomendable merodear. No había reemplazado sus guantes por unos nuevos, y a juzgar por la mugre que tenían, la higiene no era una de sus prioridades; tampoco se iba a desprender de la mascarilla. No bebía de ninguna botella de agua, no había fumado, mascado chicle ni había escupido. No tenía ningún corte en la piel, aunque probablemente no correría sangre por sus venas, sino algún tipo de fluido hidráulico. Si Will quería hacerse con una muestra de ADN descartada sin el conocimiento ni el consentimiento de Reacher, tendría que mantenerse cerca de él y esperar a que cometiera un error.

—Probablemente deberíamos echar un vistazo a esa memoria USB — dijo Will. Reacher no reaccionó ante el uso del plural, pero abandonó la tarea de enfundarse los guantes a la espera de que Will continuara.

—No es mi intención ir en plan Operación Grand Slam, pero Lukather está a cargo de todo el oro que hay en este edificio. —Esperó, pero Reacher no mordió el anzuelo—. Baldani es un objeto contundente, pero es la coronel quien lo maneja a su antojo. Imaginemos que esto es más grande que una red de prestamistas y usureros y que va más allá de ir partiendo piernas por ahí. Esa memoria USB podría...

Reacher se agachó y cogió uno de los lingotes con la mano. El metal lanzó brillantes destellos, haciendo que su rostro se tornara dorado. Se puso de pie y le mostró a Will el lingote como si no hubiera tropecientos más de donde lo había sacado.

—Una vez vi una película de James Bond en la que salía un coche de oro —dijo Reacher—. El peso hace que me pregunte cómo demonios logró salir del aparcamiento.

Estaba hablando del Rolls-Royce de Auric Goldfinger. Durante su adolescencia, Will había estudiado aquel coche con más interés que el que ponía en cualquier revista *Playboy*, y durante periodos de tiempo más largos.

—Era un Phantom III del año 1937. El último con motor V12 hasta el Silver Seraph. Bastidor de muelles de presión y ballestas semielípticas en la parte trasera. Los frenos tendrían que reforzarse, pero tenía la potencia necesaria.

—Según creo, necesitaba casi cuatro litros para recorrer unos quince kilómetros a toda velocidad. Digamos que haces doce de turismo por el campo. Y eso sin contar el par de fuerzas extra necesarias para tirar del oro.

—Y del paraguas. —Will comprendía su razonamiento—. El depósito tiene capacidad de cuánto ¿noventa y cinco litros?

—Según tengo entendido, de ciento cincuenta.

Will realizó unos cuantos cálculos por su cuenta.

—Maldita sea.

—Uno de nosotros va a tener que golpear a Baldani —dijo Reacher.

De la sorpresa, a Will le pareció notar que sus cejas casi tocaban el nacimiento de su pelo.

—Luego, el otro se mete en medio para evitar que la cosa se ponga fea.

Will estaba impaciente por conocer el resto del plan. Reacher continuó:

—Baldani va a ir corriendo a la coronel, que querrá hablar con el responsable y el testigo. Nos separará. Uno en su despacho y el otro en una sala diferente, para asegurarse de que nuestras historias encajan.

—¿Y?

Reacher apiló el oro en el interior de la cámara.

—Esa memoria USB tiene que estar en algún lugar de su despacho, y ella solo puede hablar con nosotros de uno en uno. El que termine en su despacho tiene que buscarlo y, a poder ser, robarlo, aunque me conformo con tan solo echarle un vistazo a lo que contiene para asegurarnos de que no está planeando convertir los suministros de oro del país en material radiactivo durante los próximos cincuenta y siete años.

—Cincuenta y ocho, para ser exactos. —Will detectó una laguna en el plan—. Nos echará de la base de una patada. Si es que no terminamos en una mazmorra.

—No estamos en la Edad Media, capitán Wolfe. En todo caso nos meterá en la prisión militar. —Reacher dejó pasar el error de Will—. Lukather me contó que se larga de aquí el mes que viene: jubilación completa. Puede que esté a un día, quizá a dos de batir su récord en la limpieza del oro. Somos sus mejores trabajadores y quiere salir por la puerta grande. Créeme, nos sermoneará y luego nos pondrá a trabajar de nuevo. Esto es el Ejército: siempre se hace lo que más conviene al oficial al mando.

Will le dio una vuelta.

—¿Qué historia vamos a contar?

Reacher se encogió de hombros.

—Que Baldani es gilipollas.

No le faltaba razón. Reacher continuó:

—Le daré un golpecito. Lo justo para hacerle sangrar.

Will sabía que tenía que haber una forma más sencilla de colarse en el despacho de la coronel, pero había una parte del plan de Reacher que le atraía de verdad.

—Yo golpearé a Baldani.

—Debería hacerlo yo.

—No, de verdad, me encargaré yo. —Will sintió un cosquilleo de expectación que le recorrió la espalda hasta el puño—. Tenemos que dejarle atontado, no convertir su mandíbula en un *hula-hoop* alrededor de su cuello.

Reacher no se lo discutió, lo que recordó a Will la gran cabida para la violencia que Jack Reacher albergaba en su interior. Era un expolicía que había disparado a otro poli dos veces en la cabeza. Cuando un hombre cruzaba esa línea, era más fácil cruzar la siguiente y luego la siguiente. Jack Reacher probablemente se había pasado los últimos veintidós años pisoteando cada línea que se le ponía por delante.

—Eh, capullos. —Baldani anunció su regreso haciendo resonar sus botas por el pasillo como un si fuera un pequeño poni—. Cerrad la puta boca y poneos a trabajar.

Will esperó a que se acercara lo suficiente y luego le propinó un puñetazo en toda la cara.

Lukather caminaba de un lado a otro detrás de su escritorio. En su rostro, la boca dejaba entrever su enfado en forma de una línea recta.

—¿Quieres hacer el favor de decirme qué demonios ha pasado entre Baldani y tú?

Will se miró las manos. No intentaba mostrar remordimiento, sino que trataba de ocultar su sorpresa. Un solo golpe había dejado a Baldani fuera de juego, pero sus nudillos estaban inmaculados. Ni siquiera se le habían enrojecido. ¿Es que acaso aquel tipo no tenía dientes?

—¿Soldado?

Will se obligó a levantar la mirada.

Will se tomó aquellas palabras como una amenaza. Con mazmorras o sin ellas, su misión se iría al traste si terminaba entre rejas.

—Me disculpo por mis acciones, señora. No volverá a ocurrir.

—Y tanto que no. —Se desabrochó el primer botón de la chaqueta. Will alcanzó a ver un río de sudor que discurría por el cuello de la coronel—. Cuando dije que me parecías problemático, no me refería a esto.

Aún tenía más que decir, mucho más, pero Will desconectó y empezó a pensar en la memoria USB. A juzgar por la forma del bultito del sobre, tendría el tamaño de su pulgar. Había dos puertos USB en la parte trasera del ordenador de Lukather. Will dio por hecho que el sistema estaría bloqueado con una contraseña, así que eso de ojear el contenido del USB no era una opción. Tampoco es que se lo hubiera planteado muy seriamente. La escena menos verosímil en cualquier película de acción era la parte en la que Tom Cruise introducía la memoria USB en su ranura al primer intento.

—Wolfe. —Lukather hizo tamborilear los dedos sobre la mesa para captar de nuevo la atención de Will—. ¿Puedes explicarme con palabras sencillas por qué golpeaste a Baldani?

Will se ciñó al plan:

—Es un gilipollas.

—Ya lo era cuando estuviste aquí la primera vez y no le partiste la cara. —Lukather se inclinó sobre su escritorio, claramente frustrada—. Dave dice que iba caminando por el pasillo, a sus cosas, cuando de repente surgiste de la nada y te abalanzaste sobre él.

Will recordó la última discusión que había tenido con su novia:

—Ya me han dicho en otras ocasiones que, para ser un tipo listo, a veces hago cosas bastante estúpidas.

—Por el amor de... —Miró al techo como si la mancha de humedad marrón pudiera ofrecerle alguna explicación. Obviamente, no obtuvo ninguna respuesta. O al menos no la respuesta que esperaba—. Quédate aquí.

Will escuchó el portazo detrás de él, seguido de fuertes pisadas en el pasillo. Luego se abrió otra puerta y a continuación escuchó otro portazo. Estaba comprobando su historia con Reacher, tal y como Reacher había predicho. ¿También estaría en lo cierto respecto a la memoria USB?

Will se puso de pie dejando la silla a su espalda, luego se puso de puntillas y utilizó la cabeza para levantar uno de los paneles del techo bajo. La linterna de su móvil le mostró excrementos de rata, el sifón de la ducha del piso de arriba y líneas de suministro de polietileno reticulado que tenían filtraciones porque algún idiota había utilizado empalmes de ajuste a presión para conectarlas al tubo galvanizado.

Eso explicaba por qué las planchas de madera de las paredes estaban abombadas.

Agachó la cabeza y dejó que el panel volviera a su sitio. Consideró el resto de sus opciones: los archivos estaban cerrados con llave, no había

cuadros en las paredes y todo lo que encontró detrás del reloj fueron las entrañas de su mecanismo. El escritorio de la coronel era el único lugar que le quedaba por investigar. Empezó por los cajones, donde encontró cajas de bolígrafos nuevos y grapas alineadas con precisión militar. Abrió cada una de ellas, pero solo encontró bolígrafos y grapas. El ovillo de gomas elásticas no tenía más que gomas elásticas. La caja de sellos y tampones era una caja de sellos y tampones. La bolsa de tamaño familiar de caramelos Skittles estaba llena de caramelos.

Continuó la búsqueda centrándose en la pila de carpetas que había sobre el escritorio, deslizando el pulgar con cuidado por las páginas, tratando de mantener los bordes alineados mientras buscaba el sobre con el inconfundible bultito de un USB. Palpó la silla de Lukather por debajo, y luego comprobó las otras dos. Re- buscó en el portabolígrafos y en la caja de clips y solo halló bolígrafos y clips. Ni siquiera una pelusa.

Will se comió unos Skittles mientras pegaba la oreja a la puerta. Reacher se estaba tomando mucho más tiempo que Will en relatar su versión de los acontecimientos. O puede que Lukather hubiera vuelto con Baldani. O quizá estaban esperando a que llegara la Policía Militar y arrastrara a Will a la prisión militar, porque Reacher era un mal tipo, pero inteligente, y sencillamente había convencido a Will para partirle la cara a un comandante del Ejército de Estados Unidos.

Will regresó al escritorio y trató de meterse en la piel de Lukather. Cuando aquello no funcionó, volvió a abrir los cajones, pero esta vez pasó la mano por los fondos.

Bingo.

Los dedos de Will rozaron el borde de un sobre sujeto con cinta a la parte de abajo del cajón archivador. Se arrodilló y utilizó la linterna del teléfono para mirar debajo de cajón. Un sobre blanco estaba sujeto con cinta de embalar. Por la forma que tenía, Will se percató de que no era el que buscaba. Lukather había guardado el dinero debajo del escritorio. Habría unos diez mil dólares en billetes de cien nuevecitos, nada de

billetes manoseados de diez y veinte, típicos de los más desesperados. Aquello significaba que el dinero de la red de prestamistas y usureros ya había sido lavado. ¿Dónde estaría la memoria USB?

—... lanzarme en un montón de mierda. —Lukather estaba en el pasillo. El pomo giró, pero la puerta no se abrió—. ¿Acaso parece problema mío? ¿O es problema tuyo, cabo?

Se escuchó una respuesta entre tartamudeos antes de que alguien saliera corriendo pasillo adelante. Cuando la coronel entró en el despacho, Will estaba sentado de nuevo en su sitio.

Lukather se detuvo a observarlo con detenimiento, segura de que algo no encajaba, pero incapaz de determinar qué era. Luego, asomó la cabeza por la puerta, hacia el pasillo.

—Reacher, pasa.

A Reacher pareció incomodarle el mero pensamiento de tener que adentrarse en la estrecha sala. Se vio obligado a agachar la cabeza hasta que alcanzó a tocarse el pecho con la barbilla. Esperó a que Lukather se sentara y luego embutió su monstruoso tamaño en la silla de plástico que había junto a Will. Tuvo que permanecer encogido por culpa del techo bajo. De haberle dado un periódico, habría parecido Hulk sentado en el retrete haciendo sus necesidades.

Lukather se balanceó hacia atrás en la silla. Ahora llevaba la chaqueta completamente desabotonada y sudaba a chorros.

—Dave, mueve el culo y entra.

La puerta ya estaba abierta, pero Baldani la hizo chocar con fuerza contra la pared a su paso. Will lo observó con una expresión de sorpresa en el rostro: parecía como si un caníbal le hubiera vomitado en la cara.

—Muy bien, muchachos. Ha llegado el momento de hacer las paces —

dijo Lukather.

—Pero ¡qué demonios! —se opuso Baldani.

—Yo soy el demonio, comandante —atajó la coronel. A continuación, Lukather se dirigió a Will—: No voy a malgastar saliva en pedirte que te disculpes, pero es- pero que te guardes las manos en los bolsillos de ahora en adelante. ¿Entendido?

Will asintió, porque sabía que si abría la boca para decir algo se le escaparía una sonrisa. Este era uno de los muchos inconvenientes de trabajar de infiltrado con los malos: Will lo disfrutaba demasiado. Lukather no era la única mujer que haría que se le cayera el pelo si aquello no salía bien. Will tenía una jefa de verdad en Georgia que había arriesgado mucho para conseguir que Jack Wolfe entrara en Fort Knox.

En silencio, se recordó a sí mismo: «Déjate de chorradas. Consigue la muestra de ADN. Identifica a Reacher. Detén al asesino de polis».

Will se aclaró la garganta:

—Entendido.

—Que te den, cabrón. —Baldani no estaba dispuesto a dejar correr el asunto—. Coronel, sabes que esto no está bien.

—Lo único que sé es que mi deber es actuar en función de lo que es mejor para el depósito. —Lukather intentó hacerle entrar en razón—. Dave, existe la posibilidad de que terminemos mañana si mantenemos en nómina a estos dos. Sin ellos, nos veremos obligados a prolongar la limpieza dos días, puede que más. Necesito finiquitar este trabajo enseguida. Tú y yo tenemos mejores cosas que hacer.

—Mierda. —El labio de Baldani estaba tan hinchado que había empezado a cecear—. Que le den al récord. Nos quedan dos semanas más de margen para terminar, y ahora mismo no nos conviene tener este

tipo de problemas. No ahora.

Lukather le dirigió una peligrosa mirada de advertencia.

—Cuidadito.

—Coronel —los ojos de Baldani pasaron de Reacher a Will. Estaba haciendo un pésimo trabajo por no hablar de lo que se suponía que no debería hablar—, no nos interesa en absoluto tener problemas. ¿Estás segura acerca de esto?

—Tan segura como que el Kilimanjaro se eleva como el Olimpo por encima del Serengueti. —Volvió a mecerse en la silla y se le subió la chaqueta. Will vio la esquina de un sobre blanco sobresalir de uno de los bolsillos interiores.

La memoria USB.

—Se acabó el recreo, caballeros. —El tono cortante de Lukather les indicó que no había opción a discusión—. Dave, asegúrate de que el depósito de mi VP esté lleno. Reacher, Wolfe, permaneceréis en las cámaras hasta que termine vuestro turno. De allí iréis directamente a vuestras habitaciones de hotel, donde permaneceréis confinados hasta veinte minutos antes del comienzo de vuestro turno de mañana por la mañana, momento en el que ambos os presentaréis en la recepción del hotel desde donde seréis escoltados de vuelta a la cámara para continuar con vuestras tareas. Una vez que hayáis terminado, quiera Dios que mañana por la noche, no quiero que ninguno de los dos vuelva a poner un pie en mi base, ¿queda claro?

Ninguno respondió.

Lukather se colocó la chaqueta y el sobre desapareció de la vista.

—Necesito un «Sí, señora» de la boca de todos los pichafloja de esta sala.

La respuesta coral tuvo como resultado una armonía mezcla de resignación y desprecio:

—Sí, señora.

4

Trent y Reacher regresaron a la cámara y se pusieron de nuevo manos a la obra a buen ritmo. Clink, clink. «Sus mejores trabajadores».

—La memoria USB seguía en el sobre —dijo Will—. Y el sobre estaba en el bolsillo interior de la chaqueta de Lukather. Vi una esquina. Imposible acercarse sin ser acusado de agresión.

—¿Qué había dentro? —dijo Reacher.

—No lo sé. Te lo acabo de decir, no me he podido acercar.

—Haz una suposición —dijo Reacher—. A modo de puro ejercicio mental. Finge que eres agente de policía. Piensa como si fueras un detective.

—Información.

—¿Sobre qué?

—No lo sé.

—¿Relacionada con los préstamos o acerca de otra cosa?

—De otra cosa —respondió Will—. Si fuera una copia electrónica de las cuentas, habría estado en el mismo sobre que las ganancias.

—Excelente —dijo Reacher—. Se te da bastante bien. Deberías plantearte vivir de ello.

—Gracias.

—Así que, ¿qué otra cosa podría ser?

—Algo secreto, supongo.

—¿Qué crees que quieren hacer con ello?

—Imagino que venderlo. Está claro que es corrupta. Te comentó que estaba planeando jubilarse. Quizá quiere hacerse con un colchón.

—¿De qué clase de secreto crees que se trata?

—Bueno, estamos en Fort Knox —dijo Will—, me parece que la respuesta es obvia.

—Salvo por el hecho de que fue Baldani quien le ha entregado la memoria USB. ¿Cómo es posible? Lukather debe tener más controlada la seguridad de este sitio. Ella es la oficial al mando y esto es el Ejército. Te aseguro que la coronel tiene un mayor nivel de autorización que Baldani. Así que el USB no puede contener nada relativo a la seguridad de Fort Knox. Se trata de algún otro secreto, algo que Baldani obtiene de rangos inferiores, lo que puede que estreche el campo un poco.

Trabajaron durante un minuto más. Clink, clink.

—¿Dónde se efectuará la venta? —preguntó Reacher.

—¿Qué es un VP? —preguntó a su vez Will.

—Un vehículo privado.

—Entonces lejos de la base. Le ha dicho a Baldani que se asegure de que el depósito esté lleno.

—¿Cuándo crees que tendrá lugar?

—Opino que tan pronto como pueda. Lo llevaba consigo en el bolsillo interior de la chaqueta, lo que indica que lo guarda con celo, de forma íntima, pero también que se trata de una ubicación temporal. Como si fuera muy valioso, pero no fuera a conservarlo durante mucho tiempo.

Trabajaron durante otro minuto. Clink, clink.

—Terminaremos con la limpieza mañana —anunció Reacher.

—Por eso nos ha dejado quedarnos. Tenías razón.

—Y nos echarán de la base, así que, si queremos saber qué se trae entre manos, tenemos que descubrirlo esta noche.

—¿Y de verdad es eso lo que queremos?

—Esto podría demorarse hasta el infinito. Y odio los compromisos a largo plazo. Mejor pillarla esta noche.

—Mejor para ti.

—¿Y cuándo si no pretendéis hacerlo? Esta noche es la noche, tenlo por seguro. La pillaremos con las manos en la masa. Sigamos con el ejercicio mental. Finge ser un agente de la ley de algún tipo que, a su vez, simula no serlo. Estarías de acuerdo conmigo en que debemos actuar rápido.

—Si ese fuera el caso, probablemente destacaría el hecho de que no tenemos los medios legales para alcanzar el objetivo. Nos han confinado a nuestras habitaciones esta noche y no disponemos de ningún vehículo, por no mencionar que no contamos con ningún tipo de orden judicial y ni siquiera tenemos jurisdicción.

—Esto es Kentucky —dijo Reacher—. Estoy seguro de que existe algún tipo de laguna legal.

—Nos pondrá un guarda en el hotel.

—Seguramente serán dos. Uno en la parte de delante y otro en la de detrás, y vamos a necesitarlos a ambos.

Cenaron pronto en el hotel. Reacher procedió con cierta obediencia, como si se tratara de una tarea más que había que cumplir, siguiendo a pies juntillas su lema de que hay que comer cuando se presenta la ocasión porque nunca sabes cuándo volverás a tener oportunidad. En comparación, Trent comió con ansia. A Reacher le dio la impresión de que en algún momento de su vida había pasado hambre, quizá de niño.

Luego salieron de allí por la parte trasera. El guarda era un cabo de la Policía Militar que vestía el nuevo uniforme de campaña; llevaba una pistola en el cinturón, una gorra en la cabeza y una expresión amistosa en el rostro, casi divertida, como si no existiera un ellos y un nosotros, sino tan solo un montón de soldados juntos, y que todas esas chorradas de ser guarda no fueran más que una formalidad, como una farsa.

Reacher le golpeó bajo la barbilla con un gancho de derecha, y luego se hizo con su arma. A continuación, envolvieron al tipo con cinta de embalar que habían encontrado en un armario de mantenimiento. A Will

Trent aquello no le gustó nada. Era policía, sí. Y puede que también tuviera un poco de abogado defensor de los derechos humanos.

Entonces Reacher regresó a la recepción e hizo lo mismo con el guardia de la parte delantera. Ahora tenían dos armas. A continuación, les robó el coche, un Charger verde militar con el depósito lleno. Se subió y lo arrancó. Trent permaneció a una distancia de unos dos metros y medio. Hablaron a través de la ventanilla.

—Existe una resolución del Tribunal Supremo —dijo Reacher—. Lo llaman «necesidad imperfecta»: puede estar bien cometer un delito pequeño para impedir uno grande.

—¿Solamente «puede estar bien»?

—Estoy seguro de que depende. Son abogados. Y quieren seguir teniendo tra- bajo.

Trent no contestó.

—Yo me voy ya —dijo Reacher—. No puedo dejar que se escape.

Trent se subió al coche.

Lukather abandonó la base treinta minutos más tarde, justo al anochecer, pero no iba sola: llevaba a Baldani de copiloto. Y justo detrás de ellos, en otro coche, viajaban cuatro hombres corpulentos. A continuación, iba Reacher, con Trent de copiloto, a una distancia de unos noventa metros en un coche verde militar, que era un color muy popular por lo barato que era. El motivo de que no fuera muy caro era porque había un montón disponible, como ocurría con la economía de escala, y su disponibilidad se debía a que durante mucho tiempo no hubo ningún otro color en el mercado más eficiente para fundirse con el paisaje, sobre todo al anochecer. Por lo tanto, facilitaba las tareas de vigilancia. Aquella era una zona del país de carreteras interminables que no llevaban a ninguna parte, así que los vehículos que las transitaban podían circular

juntos, cerca unos de otros, durante horas. El coche de la Policía Militar era una maravilla: depósito lleno, GPS estupendo, escopetas en el maletero y cantidades industriales de munición de nueve milímetros.

—Mi estimación del precio de venta no deja de subir —dijo Will—. Está recorriendo una distancia muy larga, con cuatro tipos corpulentos como protección. Así que debe de tratarse de algo muy valioso. Lo que quiere decir que su contacto debe ser alguien de las altas esferas.

—¿Ya estás más interesado?

—Como ejercicio mental.

—Si su contacto pertenece a las altas esferas, también tendrá protección propia. Es una cuestión de estatus. Si ella lleva cuatro tíos, él tendrá cinco o más.

—No nos podremos acercar.

—Estoy de acuerdo en que va a ser todo un reto.

Justo antes de que el viaje superara los ciento sesenta kilómetros, Lukather se desvió y se detuvo en un aparcamiento de gravilla situado frente a un bar de carretera. El coche que les seguía hizo lo mismo. Reacher, sin embargo, pasó de largo y siguió conduciendo hasta el siguiente edificio a la vista, a unos doscientos setenta metros de distancia, que resultó ser una tienda de excedentes y artículos de segunda mano que tenía de todo, siempre y cuando te gustara la gama de colores militares. Estaba cerrada. Reacher aparcó el coche allí y realizaron el trayecto de vuelta a pie.

El bar de carretera era un local comercial abierto a todo el mundo. Al menos en apariencia, ya que se trataba de uno de esos lugares. El único motivo plausible por el que Lukather se podía sentir cómoda entrando en aquel tugurio era porque llevaba consigo a cinco tipos de escolta. Incluso Reacher habría sido víctima de descaradas miradas de escrutinio, que él

habría devuelto y que, probablemente, le habrían devuelto de nuevo, porque era lo propio de ese tipo de sitios, y después de todo ese ir y venir de miradas todo se habría reducido a una cuestión de cifras. En definitiva, que era más seguro permanecer fuera y mirar por las ventanas.

Vieron a Lukather sentada a una mesa frente a un hombre de piel pálida y rostro duro e inexpresivo, totalmente vacío de emoción gracias a toda una vida de práctica. Era ruso, sin duda. Tenía cinco hombres detrás de él. Los cuatro que acompañaban a Lukather estaban desplegados a espaldas de la coronel. Baldani estaba sentado a un lado con otro ruso, como si fueran secretarios de Estado.

Lukather le entregó la memoria USB al tipo pálido. El tipo pálido asintió.

Entonces, dos de los hombres del ruso pusieron dos maletas sobre la mesa. Eran un poco más grandes que las permitidas como equipaje de cabina en los aviones.

—Muy bien —susurró Reacher—. Ya hemos visto la transacción. Así que ahora tenemos que actuar equitativamente, pero de modo eficiente. ¿De acuerdo?

—Claro —contestó Will en voz baja.

—Equitativo en el sentido de que debemos limitarnos exclusivamente a responder de manera proporcionada, solo en defensa propia. ¿Estamos?

—Claro —contestó Will de nuevo.

—Y eficiente en el sentido de que atacamos primero. Antes de darles tiempo a prepararse.

—Pero eso no es actuar en defensa propia.

—Ten un poco de perspectiva.

—Dios mío —dijo Will.

—No te preocupes por la letra pequeña. Tan solo échame un cable como si fuéramos compañeros. Al fin y al cabo, la cosa puede quedar en nada. No voy buscando pelea. Espero que se rindan rápidamente. De verdad.

No fue así. El plan era que Reacher se colocara junto al ventanal del fondo mientras Trent se colaba en el interior, con lo que las dos líneas de fuego divergentes obligarían a las trece personas que había en el bar a correr hacia la pared lateral, hacia el rincón más alejado de la parte trasera. Una vez acorralados, levantarían las manos y se rendirían.

Pero no salió así. Uno de los rusos vio a Reacher a través del cristal y disparó de inmediato. Reventó el escaparate y falló el tiro por treinta centímetros. Entonces Reacher abrió fuego a través del agujero dentado del cristal y mató al tipo. Y luego a otro. Y a otro más. Tras lo cual el intercambio de disparos se hizo constante y la cosa se puso seria. Al parecer, lo suficientemente seria como para activar algún tipo de sensor de emergencia en la conservadora mente de Trent, que, de pronto, empezó a disparar desde el flanco. Después de eso las cosas fueron más fáciles, pero confusas. Baldani se tiró cuerpo a tierra. No tenía ni un rasguño, solo estaba tratando de esconderse. Entonces una bala perdida rompió un soporte y un extintor le golpeó en la cabeza. Había tipos cayendo como moscas a izquierda y derecha.

Reacher se abrió paso hacia el interior a la fuerza, cruzando el ventanal, que por entonces ya estaba completamente destrozado, hecho añicos. No era más que un vano en la pared. Trent, a su vez, se abrió camino a tiros desde la puerta. Los supervivientes se retiraron al rincón más alejado del local. Empezaron a plantearse la rendición y a levantar las manos. Reacher los tenía controlados.

Entonces, de repente, Lukather salió disparada hacia la puerta. Solo Trent se interponía en su camino. Y reaccionó a la perfección: de manera instantánea, y sin pararse a pensar, le lanzó un puñetazo a la cara.

Sin embargo, luego reaccionó de manera imperfecta. Algún tipo de instinto caballeresco de última hora se activó en su cerebro e hizo que detuviera en seco el puñetazo. Le dio a Lukather en la nariz lo suficientemente fuerte como para llamar su atención y cabrearla, pero no lo suficientemente fuerte como para hacerle daño.

Lukather rugió enfurecida y le propinó un fuerte gancho de derecha, que golpeó a Trent en la oreja y le hizo girar en redondo. Luego le incrustó el codo en los riñones. Estaba a punto de golpearle con el antebrazo en la garganta cuando el instinto caballeresco de Trent se esfumó y por fin le lanzó el puñetazo que debería haberle dado desde un principio. Le golpeó en toda la boca, desestabilizándola, haciendo que le faltaran los pies en medio de una rociada de sangre para finalmente caer de espaldas contra el suelo.

Reacher se encogió de hombros y asintió, en plan «buen trabajo, no se puede negar».

Trent deslizó a Lukather hasta donde yacía Baldani. Como resultado de la re- friega había un total de dos inconscientes: la coronel y el comandante; y tres conscientes, pero de un humor de perros: el tipo pálido y dos de sus secuaces. Tenían el USB y tenían las maletas, que Trent abrió. Deslizó los dedos a lo largo y ancho de su contenido, contando, multiplicando de cabeza.

—Un millón de dólares en cada una —anunció.

—Mete el USB en una de ellas —indicó Reacher—. Luego ciérralas de nuevo y colócalas junto a la puerta. Todos los objetos de valor juntos.

Trent le hizo caso y preguntó:

—¿Vas a robarlo?

—Directo al grano.

—¿Sí o no?

—¿Puedes detenerme?

—No estoy seguro.

—Yo estoy seguro de que no —atajó Reacher.

—De acuerdo —convino Will.

—Por supuesto que no voy a robarlas —añadió Reacher—. Son pruebas. El problema es decidir a quién llamar. Desde luego, no al Departamento de Policía Local. No aquí, en medio de ninguna parte. Les explotaría la cabeza. Eso si es que hay un departamento de policía. Tampoco a la Policía Militar de Fort Knox. Hace un rato les he partido la cara a dos de ellos. No creo que sean muy objetivos. Además, esto es un asunto serio. Con rusos y todo, dinero en efectivo en una maleta... Creo que deberíamos llamar directamente al Pentágono.

Menos de una hora y cuarenta minutos más tarde lo habían limpiado todo. Reacher había prestado declaración jurada. Trent había hecho lo mismo. Los prisioneros habían sido puestos bajo custodia de manera formal. Las pruebas físicas habían sido introducidas en bolsas, las habían etiquetado y se las habían llevado de allí. Las ambulancias estaban de camino. Reacher y Trent condujeron de vuelta a la base en el coche verde militar. Recorrieron casi ciento sesenta kilómetros. Prácticamente en silencio.

Cuando Will llegó al depósito a la mañana siguiente, descubrió que el segundo turno se había puesto las pilas durante la noche. Al parecer, los engranajes habían mantenido las ruedas en movimiento sin problema a pesar de que ni Lukather ni Baldani estaban ahí para hacer girar la manivela. Las puertas de las dos cámaras que se habían abierto el día anterior estaban cerradas a cal y canto y habían vuelto a colgar las cintas. Los papeles con los números de serie pendían de ellas en sus fundas de plástico transparente. Dos puertas nuevas estaban abiertas de par en par, y dos capas de lingotes de oro ya descansaban sobre uno de los palés.

Lukather había estado en lo cierto respecto a una cosa: podían terminar en el día si trabajaban a buen ritmo.

Will escuchó el familiar tintineo de los lingotes chocando entre ellos en el interior de la cámara más alejada. Reacher ya estaba trabajando, lo que no le pilló del todo por sorpresa. A Will le había parecido que, a pesar de los acontecimientos acaecidos la noche anterior, Reacher no era el tipo de hombre que dejaba un trabajo a medias. No era de los que abandonaban.

—Buenos días —saludó Will.

Reacher le dedicó un movimiento de cabeza mientras colocaba el oro en el palé. Estaba solo, así que decidió trabajar como le dio la gana; había triplicado la carga de lingotes, tres en cada mano, lo que era un dato bastante humillante para Will, que necesitaba las dos manos para levantar pesas de ochenta kilos. Y eso si tenía un buen día.

Reacher apiló los lingotes en silencio y luego se dio la vuelta hacia la cámara para ir a por más.

Will hizo una mueca de dolor mientras se ponía los guantes de algodón. Tenía los nudillos destrozados. Negros moretones decoraban su piel como manchas de tinta. Si el fiscal necesitaba un molde de los dientes de la coronel Stephanie Lukather, Will podría proporcionárselo sin problema. Su política de «nunca pegar a una mujer» se había ido a la mierda en el segundo en que Lukather le había propinado un golpetazo en la oreja y le había lanzado un sorprendentemente fuerte codazo en los riñones.

Esperó a que Reacher se arrodillara junto al palé, luego se adentró en la cámara y cogió dos lingotes con ambas manos. Cuando se dio la vuelta, vio el cepillo de dientes de Reacher sobresaliendo del bolsillo trasero de su pantalón.

Las cerdas. El mango. El plástico. Tan bueno como un frotis bucal de un kit de pruebas de ADN.

Reacher se levantó y se adentró en la cámara. Will apiló los dos lingotes que llevaba. Estuvieron entrando y saliendo de la cámara, estirándose y cogiendo lingotes, arrodillándose junto al palé y apilando oro, tan sincronizados como una correa de distribución haciendo girar la manivela y la leva.

Will repasó mentalmente lo ocurrido en el bar la noche anterior y trató de analizar la situación desde todos los ángulos. ¿Por qué motivo Reacher se involucraría en algo así? Había puesto en riesgo su vida y su salud,

pero ¿por qué? No por el dinero ni la memoria USB. Will no habría podido detenerlo en caso de querer robarlos y darse a la fuga. Sin embargo, Reacher no solo se había quedado allí, sino que además había prestado declaración voluntariamente.

Ese no era el comportamiento de un criminal, sino más bien el de un poli. Y Reacher había sido poli, pero, aun así, estaba igual de claro que le había dado la espalda a la ley.

Will casi nunca se veía inmerso en tales dilemas.

Este era el problema de Jack Reacher: era un mal tipo que a veces hacía cosas buenas. Dado su estilo de vida itinerante, Will lo veía como un James Bond esta-dounidense. No el Bond de las películas, sino el Bond de los libros, que apenas se diferenciaba de un luchador callejero. No había ningún agente M para templar su estado salvaje natural. Pero Reacher no poseía licencia legal para matar. Ni para mutilar. Ni para disparar a la gente a las rodillas, lo que era algo realmente ruin, incluso tratándose de un gánster frío como el hielo.

En opinión de Will, Reacher pertenecía a la peor clase de criminales. No solo porque fuera del tamaño de un camión de cinco ejes, sino porque era listo. Poseía ese tipo de inteligencia callejera, y además también era culto, metódico y estratega, de manera que figuraba entre el uno por ciento de lo mejorcito de la clase criminal. En la mayoría de los casos, a lo único que podían aferrarse los polis era a que los tipos malos solían ser realmente estúpidos. Pero Jack Reacher no era ningún estúpido.

Will apartó la mirada.

—¿Has llamado a tu gente? —preguntó Reacher.

Will se dio la vuelta.

—¿Por qué iba a hacerlo? —respondió.

—Por la memoria USB —dijo Reacher—. Ahora está dentro del sistema. Es una prueba.

—No —respondió Will.

—Yo he llamado a la CID a través del comando de la División de Investigación Criminal del Ejército de los Estados Unidos. —Reacher seguía en el interior de la cámara. Se quitó la mascarilla, se apoyó en el marco de la puerta y cruzó los brazos contra su pecho del tamaño del bloque de un motor—. Son las siglas de la División de Investigación Criminal, capitán Wolfe.

—¿Y?

—Números de la seguridad social —continuó Reacher—. Al parecer, la esposa del comandante Baldani trabaja en el comando de recursos humanos. Aquí en la base. En lo que antes se llamaba «Personal». Se encarga de descargar los números de servicio de soldados fallecidos. Al menos unos dos mil por ahora.

—¿Baldani estaba casado con una mujer humana?

—No informó de las muertes, así que los nuevos propietarios de los números de servicio podían optar a todo tipo de beneficios.

Will no iba a intentar fingir que sabía lo que era un número de servicio. Reacher le volvió a echar un cable.

—Es la versión militar de los números de la seguridad social. A cada soldado se le asigna uno. Tu tiempo de servicio va ligado al número, y los beneficios que puedes obtener se basan en el tiempo de servicio prestado. Estamos hablando de pensiones de jubilación y discapacidad, intercambio de privilegios, pequeños préstamos empresariales, préstamos de veteranos para la compra de una vivienda, la financiación de estudios y mantenimiento para soldados desmovilizados, seguros de vida, TRICARE o asistencia médica... Si te haces con uno de esos números,

tienes la vida resuelta.

Will notó cómo el estómago le daba un vuelco. Lukather no solo había intentado vender la identidad de estos soldados, sino que había intentado vender sus tiempos de servicio.

—Supongo que el contenido de esa memoria USB podría haber valido decenas de millones en el mercado negro. Había solo dos en las maletas. No parece que Lukather sea muy buena negociadora.

Will se alegró de que aquella mujer fuera a pasar bastante tiempo entre rejas.

Para empezar, no había dinero suficiente para satisfacer las necesidades de todos los veteranos, y que uno de los suyos se beneficiara del sistema de aquel modo era una especie de traición.

Reacher se dispuso a colocarse la mascarilla de nuevo, pero Will lo detuvo con una pregunta:

—¿Por qué lo dejaste?

Reacher esperó a que continuara.

—Eras policía militar. Sé que abandonaste el Ejército, pero es un tipo de profesión que deja huella. Como un tatuaje, es para siempre. ¿Por qué no has vuelto a ponerte del lado bueno de la ley?

—«Uno no siempre puede estar a la intemperie todo el tiempo».

Estaba citando a Le Carré.

—No me obligues a quererte.

—No me gusta el trabajo de oficina —dijo Reacher.

—Hay muchas formas de ser poli sin tener que estar en un despacho todo el día.

—¿Como infiltrarse en Fort Knox? —preguntó Reacher.

No hubo respuesta. Reacher continuó:

—Nunca has sido soldado. No estás aquí ni por Baldani ni por Lukather. Estás aquí por otro motivo. Eres de Georgia, creo. Puede que pertenezcas a algún departamento local de policía.

—GBI —respondió Will—. Oficina de Investigación de Georgia. Estoy aquí por un antiguo caso sin resolver.

—Deberías contármelo.

Will barajó sus opciones, que se reducían a dos. Una: tratar de coger el cepillo de dientes rápidamente y hacer que le partieran la cara en exactamente tropecientos trozos. Dos: sincerarse y cruzar los dedos.

—¿Has oído hablar alguna vez de un pueblo llamado Margrave? —preguntó Will.

—Está al sur de Atlanta.

Will esperó a que Reacher continuara. Como no lo hizo, añadió:

—16 de abril de 1997.

Reacher siguió esperando.

—El ayudante del *sheriff* Phillip Michael Deacon recibió dos disparos en la cabeza frente a la biblioteca pública de Margrave. Un testigo ocular sitúa a un desconocido empuñando el arma. Un desconocido cuya descripción encaja a la perfección contigo.

—No estaba en Margrave en esa fecha —dijo Reacher.

—Tengo restos de ADN en un libro de la biblioteca que dicen lo contrario.

Reacher no parecía preocupado.

—¿Qué libro?

—*Guía de aves del sureste de Estados Unidos*.

La boca de Reacher se retorció en lo que podría haber sido una especie de son- risa.

—¿Los colibríes significan algo para ti? —preguntó Will.

—Pueden llegar a ser feroces. Si tienes a uno agresivo que va de abusón en el comedero, asustará al resto de pájaros o intentará atacarlos con el pico —dijo Reacher—. Lo mejor es sacarlo de allí lo más pronto posible para proteger a los pájaros más débiles antes de que los mate de hambre.

Will captó la idea, pero continuó:

—Los de medicina forense lograron extraer ADN de tres gotas de sudor seco de las páginas del capítulo de los colibríes.

—El cepillo de dientes —dijo Reacher—. Me preguntaba por qué no apartabas la vista de mi culo.

Will se imaginó que le había llegado el turno de callar y esperar a que le facilitara más información. Reacher preguntó:

—¿Has hablado con el testigo ocular?

—Falleció mientras dormía hace dos años. Causas naturales.

Reacher asintió con la cabeza, como si le pareciera que esa fuera la forma en que uno debía morir.

—¿Qué sabes de Phillip Deacon?

—Era un hombre de familia. Se pasó veintiún años vistiendo uniforme, luego otros veintidós en camisión de hospital —explicó Will—. Sobrevivió

a los disparos, pero estuvo en coma hasta hace dos meses. Falleció de neumonía.

—Ya veo —dijo Reacher—. De forma que el cargo por intento de asesinato de un agente de las fuerzas del orden se ha convertido en asesinato con agravantes. Un caso del estado de Georgia.

—Un caso de pena de muerte.

Reacher empezó a quitarse los guantes hechos jirones.

—¿Has oído hablar alguna vez de Blind Blake?

—¿El cantante de *blues*?

Reacher asintió.

—Mi hermano me dijo que Blake había muerto en Margrave. En realidad, falleció en Wisconsin, pero nunca tuve oportunidad de decírselo.

Lentamente, Will empezó a retroceder hacia la pared. El fugaz pensamiento de que quizá Reacher se estaba quitando los guantes para darle una paliza de muerte con las manos desnudas se le pasó por la cabeza.

Reacher continuó:

—La testigo ocular del tiroteo se llamaba Beatrice Collins y fue salvajemente violada por Deacon. Y golpeada violentamente. Dos veces. Y le dejó claro que iba a hacérselo de nuevo. Le dijo que lo había disfrutado de verdad, que aquello le ponía de una manera especial.

Will sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

«...mujer e hijo adolescente esperándole en casa, una hija ya casada y embarazada de su primer nieto... un violador violento que había

aterrorizado a una mujer, probablemente no solo a una, porque Deacon tenía una placa y un coche patrulla y un jefe que siempre hacía la vista gorda...».

—La primera vez que la violó, Beatrice fue lo suficientemente estúpida como para presentar un informe directamente ante el *sheriff*. La segunda vez, fue doblemente estúpida por acudir al *sheriff* de nuevo, quien le dijo a Deacon que se encargara del problema, que lo mejor sería cerrarle la boca para siempre.

A Will empezaron a dolerle los dientes de lo apretada que tenía la mandíbula.

«...el nieto de Deacon había tenido suerte de no haber podido dejarse acunar en los brazos de su abuelo. Su hijo tenía suerte de no haberle visto nunca sentado en las gradas de ningún partido. Su mujer tenía suerte de que no la hubiera vuelto a besar nunca, o de que no la hubiera forzado, o de que no hubiera abusado de ninguna otra mujer nunca más...».

—Yo me enteré de todo esto más tarde —explicó Reacher—. Mi amiga Neagley acababa de abrir una agencia de detectives. Fue su primer caso. Redactó un informe muy exhaustivo. De casualidad, mi hermano estaba en Margrave por aquel entonces. Asuntos de trabajo. Era igualito que yo. Bueno, casi tres centímetros más alto y un poco menos corpulento, pero solo era perceptible si nos poníamos uno al lado del otro. Él también era exmilitar. Tenía pinta de buen tío. Como si el Llanero Solitario hubiera llegado a la ciudad. Beatrice Collins acudió a él en busca de ayuda. No quería causar ninguna molestia, solo quería que todo aquello acabara. Iban a verse en la biblioteca, un lugar público, territorio neutral. Ella estaba asustada. No, qué va, estaba aterrorizada. Era una chica de pueblo sin dinero y sin nadie a quien recurrir. La policía no iba a ayudarla. El *sheriff* llegó a decirle que la violaría él mismo si se le ocurría contárselo a alguien más.

Will sabía que aquel bastardo corrupto que era el *sheriff* era el tipo de

hombre que mantiene en nómina a un depredador sexual.

—Entiendo que el *sheriff* hiciera mentir a Beatrice en su declaración acerca del tiroteo, pero han pasado dos décadas de aquello. Su pareja no mencionó nada de esto. Llevaban juntos quince años.

—Las víctimas no suelen hablar de lo ocurrido, ni siquiera con sus parejas. Quieren pasar página; no les gusta que la gente sienta pena por ellas, o peor, que las culpen por lo que pasó. —Reacher describió la situación—: Héroe de la policía acusado de violación por una cajera de supermercado que tiene antecedentes por robar, siendo menor de edad, el coche de su tío. ¿De qué lado crees que se habría puesto el pueblo?

Will no podía discutir aquello. La gente era gilipollas.

—16 de abril de 1997.

Reacher guardó los guantes de algodón en el bolsillo trasero del pantalón.

—Beatrice llegó tarde a la biblioteca. Estaba nerviosa, como era de esperar. Mi hermano la estaba esperando fuera. Deacon atendió a la llamada de emergencias de la bibliotecaria, y cuando llegó, agarró a Beatrice y trató de meterla a la fuerza en la parte de atrás del coche patrulla. A mi hermano no le gustó aquello.

—Y disparó a Deacon en la cabeza.

—Beatrice le dijo a Neagley que el arma se disparó por accidente.

—Dos veces —añadió Will—. Menudo accidente.

Reacher hizo caso omiso de la inconsistencia de los hechos. Entonces, Will y Reacher tomaron derroteros filosóficos.

—La mayoría de las personas que son asesinadas no son buenas personas. Siempre suele haber un motivo por el que se encuentran en

una mala situación —dijo Reacher.

—Desde luego —convino Will—, pero no deja de ser asesinato. Eso de «merecía morir» no es una defensa válida en el estado de Georgia.

—Tengo entendido que sí es un argumento válido en Texas.

—¿Y si tu hermano se equivocaba respecto a Deacon? ¿Y si Beatrice mentía?

—No se equivocaba y ella no mentía.

Will no estaba por la labor de sermonear a un justiciero acerca de la arrogante inmoralidad de actuar como tal.

—Tu hermano mató a un hombre a sangre fría.

—No existe eso de «a sangre fría» —dijo Reacher—. La sangre siempre está templada, hasta cierto punto. Se evitó que un agente de policía violara a una mujer por tercera vez. Puede que algo peor. Y que campara a sus anchas y volviera a cometer, probablemente más a menudo, actos así en un futuro.

Will no añadió nada.

—En cualquier caso, mi hermano está muerto —dijo Reacher—. Fue asesinado un mes más tarde. También en Margrave, de hecho. Un acto que, sin duda, estaba relacionado con el asunto del mes anterior. Así que me temo que no vas a poder echarle el guante a tu culpable, por mucho que lo intentes.

—No encontré ningún registro...

—El departamento del *sheriff* de Margrave no guarda registros de sus propios crímenes —le atajó Reacher—. Por aquel entonces, mi hermano estaba trabajando para el Tesoro. Era una figura muy importante. Se

llevaron el cuerpo de allí y limpiaron todo el desastre. Una semana más tarde fue como si nada hubiera pasado jamás.

Will estudió el rostro de Reacher en busca de señales de engaño, pero no le importaba encontrarlas o no. Ambos sabían que comprobaría la historia.

—ADN hereditario —dijo Reacher.

El tipo no tenía teléfono móvil, pero sabía que las similitudes en los cromosomas Y de dos varones diferentes podían ser utilizadas para establecer parentesco por consanguinidad.

—Soy el único que queda de mi familia —continuó diciendo Reacher—. Sé que mi hermano era un buen hombre. No quiero ver su nombre arrastrado por el fango, pero me has dejado bastante claro que no tienes pensado dejarlo correr. Y yo no me voy a interponer en el camino de un poli honrado que hace su trabajo. No va conmigo, así que, aquí tienes.

Reacher le tendió el cepillo de dientes. Las cerdas estaban hechas polvo de estar metidas en el bolsillo. Will se quedó mirando el trozo minúsculo de mango que sobresalía de la manaza cerrada de Reacher.

Lo correcto era recopilar toda evidencia, ver cómo la investigación seguía su cauce lógico y, finalmente, cerrar el caso. Will sabía que su jefa diría lo mismo. Igual que sabía que ella también consideraría que era un total derroche de recursos trabajar en un caso cuyo sospechoso estaba muerto y la víctima también, además de tratarse de un violador despiadado.

Había una razón por la que Bond necesitaba un agente M.

Will se cruzó de brazos, apoyándolos contra el pecho, y dejó el cepillo de dientes ahí colgado.

—¿No te parece poco higiénico guardar el cepillo de dientes en el

bolsillo durante todo el día?

Reacher volvió a poner el cepillo en su lugar.

—Este, en concreto, está mal hecho —respondió—. Normalmente estas cosas vienen en una funda. O los hoteles te los ofrecen gratis en el mostrador de recepción, de forma que cada día puedes estrenar uno nuevo, recién salido del envoltorio. No te preocupes por mis hábitos de higiene personal.

—Por supuesto. —Will, de pronto, fue plenamente consciente de que estaba sermoneando a un tipo acerca de su higiene cuando aquella misma mañana se había comido un puñado de caramelos Skittles medio derretidos que se había encontrado en el bolsillo.

Reacher emprendió la tarea titánica de enfundar sus manazas en los guantes de algodón.

Will se agachó y cogió dos lingotes de oro.

—¿Qué crees que va a ser de Lukather?

Reacher cogió seis lingotes, tres en cada mano, y esperó a que Will apilara los suyos.

—Muy buena pregunta. He oído que ya ha dejado vendido a Baldani y que le van a ofrecer un trato para testificar acerca de todo el complot.

—¿Por qué? No la necesitan para aportar pruebas. Los pillaron con las manos en la masa. Tienen el USB, el dinero en efectivo y al tipo chungo del bar. —Will se esforzó para no quejarse mientras levantaba dos lingotes de oro. Pensó acerca del hábito de Baldani de lanzar los cigarrillos al suelo con un hábil movimiento de los dedos. Las colillas estaban repletas de su ADN. Podía llevárselas a Georgia, y si el CODIS les mostraba una coincidencia con Baldani, mejor que mejor.

De pronto se detuvo en su ir y venir cargando oro y le preguntó a Reacher:

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Doce días. —Reacher desapareció en el interior de la cámara—. ¿Por qué?

—Y trabajas rápido.

—Intento salir rentable.

—Por lo tanto, has visto un montón de oro. —Will se puso en marcha de nuevo y apiló los lingotes que llevaba sobre el resto. Todos llevaban estampado el mismo sello del Tesoro de Estados Unidos y unos números de serie que probablemente coincidían con los que figuraban en las fundas de plástico que colgaban de las cintas dispuestas a lo ancho de cada puerta.

Números que no se habían cotejado con los de los lingotes de oro del interior. Lingotes que habían sido pesados con posibles restos de pelusas de algodón y mechones de pelo que podrían hacer aumentar el peso que marcaba la balanza unos cuantos kilos cada vez.

—Es extraño —dijo Will—. Pero la cuestión es que juraría que ya he visto estos números de serie antes. Como ayer mismo, en la otra cámara.

—Has visto muchos números de serie —dijo Reacher mientras apilaba los lingotes que llevaba sobre los que acababa de colocar Will—. Números de dieciséis dígitos cada uno. Tú y yo hemos apilado y vuelto a apilar 38 492 lingotes de oro hasta el momento. Eso son 615 872 números enteros por separado. Literalmente, billones de combinaciones posibles.

Will tuvo que confiar en su palabra. Era bastante bueno en matemáticas, pero no era una calculadora cuántica. Aun así, tenía una memoria increíblemente buena para recordar números, y su memoria le estaba diciendo que los números de aquellos lingotes le parecían

endiablidamente familiares.

—Lo habría jurado —repitió Will.

—¿Se te dan bien los números?

—De un modo extraño.

—¿Qué ponía en el penúltimo lingote que has apilado?

Will recitó los dieciséis dígitos de memoria. De carrerilla, con seguridad y correctamente.

Reacher se mantuvo en silencio, comprobando lo que decía, también de memoria. Al parecer, él también era bueno con los números, de un modo extraño.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —dijo Reacher.

—Claro —respondió Will.

—¿Se te da bien leer?

Will no respondió.

—Normalmente una cosa excluye a la otra. Conocí a unos tipos. Uno de ellos podía calcular la raíz cuadrada de la distancia entre la tierra y el sol, pero era incapaz de juntar dos letras leyendo.

—¿Y a ti? —preguntó Will.

Reacher asintió:

—Yo tuve suerte. Puedo leer bastante bien.

Will no respondió.

—Estoy contigo en lo de los números —continuó Reacher—. Me han hecho pensar... En primer lugar, en cómo llegaste aquí.

—Mi jefa movió unos cuantos hilos.

—¿Cómo supo que yo estaba aquí?

—Introdujo tu nombre en el sistema —dijo Will—. Apareciste en un informe de un caso sin resolver.

—En el sistema del GBI, ¿no? Es decir, un sistema local. Ahora mismo estamos en Kentucky.

—Alguien establecería la relación.

Reacher asintió.

—Y ahora me pregunto quién pudo ser —dijo Reacher—. Se me ocurre que fuera un chaval con traje procedente del lugar donde reside el auténtico poder. Y que puede que ya no se trate de las agencias de tres letras. Hoy en día puede ser el personal del Congreso. Con asientos en todo tipo de subcomités de inteligencia. Puede que se trate de un congresista de Georgia. La mitad local de su cerebro quiere que el GBI haga bien su trabajo, así que echa una manita proporcionando información que guarda en la mitad federal de su cerebro.

—Lo que suscita una enorme pregunta —dijo Will.

—Exactamente. ¿Para qué enviarte en persona? Un equipo SWAT de Kentucky podía haber hecho el trabajo. Podían haberme extraditado. ¿Qué importan otro par de meses? Tu caso ya tiene veintidós años. O me podía haber arrestado la Policía Militar. ¿Por qué es tu presencia física necesaria, llevando a cabo este estúpido trabajo como tapadera?

Will no respondió, pero estaba empezando a pensar que lo sabía.

—Exactamente —repitió Reacher—. Porque se te dan bien los números. Puede que intentes ocultarlo, pero no puedes. Lo saben. Lo mismo pasa conmigo. No buscaban a un tipo fuerte para el trabajo, sino a un tipo bueno con los números.

Will se mantuvo en silencio durante un momento. Luego dijo:

—¿Sabías que la cámara solo se ha abierto al público una vez?

—En 1974 —contestó Reacher—. De hecho, el chaval del traje lo mencionó. Un abogado de Washington llamado Peter David Beter hizo circular la teoría de que el oro había sido retirado por el «Estado profundo».

—Claro, el Estado profundo. Esos tipos están en todas partes manejando los hilos.

—Haz los cálculos —dijo Reacher—. El metal precioso aquí almacenado tiene un valor de 350 mil millones de dólares, pero la deuda nacional está por encima de los veinte billones. Eso ya es menos que dos céntimos el dólar. —Reacher apiló sus lingotes—. Este oro no es más que un símbolo. Aparentemente, el mejor símbolo ahora mismo. Basado en la memoria popular de 1974. Pero incluso si la gente solo sospechara que la mitad de estas cámaras han sido vaciadas desde entonces, toda la economía de Estados Unidos, toda la economía mundial, se desplomaría en caída libre. Habría revueltas en las calles. Los bancos se irían al garete.

Will pasó junto a Reacher en su camino hacia el palé. Estaban de nuevo manos a la obra.

—Lo que yo haría es organizar un efecto dominó.

Reacher entendió a qué se refería.

—El equipo nocturno traslada el oro dos puertas más allá, pasillo adelante. Luego nosotros lo movemos otras dos al día siguiente. El

mismo oro. Doble ciego. Ningún equipo sabe lo que está haciendo el otro.

Will se puso de pie junto al palé. Sus riñones se resintieron a causa del moretón, que tenía el tamaño y la forma de un codo. El sudor había formado un río a lo largo de su espalda. Todavía les quedaban otras seis horas como mínimo.

—Nos enviaron aquí para averiguarlo —dijo Will.

—Estoy de acuerdo —convino Reacher—. Un misterioso congresista de Georgia se tomó muchas molestias para traernos aquí, para que pudiéramos descubrir que..., en fin..., que las reservas nacionales de oro han sido extremadamente mermadas, y el hecho de que se ha ocultado a propósito como si fuera un juego de trileros. Supongo que, por algún motivo, el tipo quiere que al menos una persona en el mundo conozca esta información.

—Dos personas.

—Solo uno de nosotros debía sobrevivir. O bien me arrestabas, o yo te mataba y huía. No le importaba quién fuera, por cierto. Estaba asegurando la jugada.

—Además de Lukather —dijo Will—. Tiene que estar al corriente. Estaba al cargo. Probablemente ella dispuso las fichas de dominó para que cayeran de tal modo que nadie averiguara la verdad. Por eso le están ofreciendo un trato. Está negociando con su silencio por la libertad.

—Supongo —dijo Reacher—. Así que ahora somos tres los que lo sabemos todo.

—Pero la cuestión es ¿por qué? —continuó Will—. Es decir, muy bien, somos dos personas en el mundo las que sabemos qué está ocurriendo, ¿y qué? ¿Qué se supone que debemos hacer con esta información?

Ninguno de los dos lo sabía.

